

La Hermandad de los Siete Reyes



El misterio del cuarto blindado.

A PRINCIPIOS del invierno de aquel mismo año estaba ya de vuelta en Londres Mme. Koluchy. Las autoridades habían dictado órdenes para detener á Lockhart, pero no se le encontraba en ninguna parte; sin duda había salido del país. Madame, como es de suponer, no aparecía culpable de nada. La firme convicción que teníamos de que no abandonaría sus propósitos de privarnos de la vida á Dufrayer y á mí nos hizo pasar muy malos ratos.

Una tarde, á fines del mes de octubre, fuí á comer con mi amigo, y no dejó de sorprenderme que la mesa estuviera adornada con cierta elegancia y puesta para tres personas.

—Un convidado á quien no esperaba viene á comer esta noche, dijo Dufrayer cuando entré en el comedor, y antes de que llegue necesito hablarte á solas. Pasa aquí, pues no tardará en presentarse.

Seguí á mi amigo al despacho, cuya puerta tuve buen cuidado de cerrar.

1901, agosto.

—Tengo que contártelo todo en tan pocas palabras como me sea posible, comenzó diciendo, y te ruego, amigo Head, que te dejes guiar de mí. He consultado con Tyler, y opina que es lo mejor que podemos hacer.

—Pero ¿qué sucede? pregunté.

—El que viene esta noche, prosiguió Dufrayer, se llama Mauricio Carlton. Su madre fué griega, pero su padre descendía de una de las mejores familias de Inglaterra. A la muerte de éste heredó Carlton una magnífica posesión llamada Cor Castle, en la provincia de Norfolk. Fué lo único que le dejó, pues derrochó y perdió la mayor y más sana parte de su fortuna, que el hijo ha procurado recobrar dedicándose al comercio de brillantes. Le conocí hace algunos años, cuando estuve en Atenas, y sé que en todos los negocios le ha ido tan bien que ahora es uno de los hombres más ricos del país. Me visitó para consultarme sobre un asunto judicial, y en el curso de la conversación habló por casualidad de Mme. Koluchy. Le interrogué con mucha diplomacia y pude averiguar que él y su mujer conocen bastante á Madame, aunque ignoro hasta qué punto llega la intimidad con que se tratan.

Tuve muchísimo cuidado de no clarearme, y después de un rato de charla le invité para esta noche, á fin de que oigamos los dos lo que tiene que decir. Lo he meditado mucho, y creo que lo mejor que podemos hacer de aquí en adelante es ser más reservados en todo aquello que de alguna manera se relacione con Madame. No hablando de ella con nadie podremos averiguar más fácilmente lo que trama. ¿No te parece?

—Pero sería conveniente que Carlton supiera quién es esa mujer.

Dufrayer se encogió de hombros con un gesto de impaciencia.

—No, de ningún modo, contestó resueltamente. Demasiadas veces hemos hecho eso y bien sabes cuál fué el resultado. Creo que debemos ser reservados con Carlton y con todos. El reside ahora en su castillo de Norfolk, pero viene á Londres constantemente. Hace dos años se casó con una inglesa, viuda de un italiano, y creo que tienen un hijo, aunque no estoy muy seguro. Es agradabilísimo en el trato y muy buena persona... pero oye, llaman; ya está aquí. Vamos á la sala.

Así lo hicimos, y un momento después apareció Carlton. Me presentó Dufrayer, charlamos un poco y en seguida fuimos al comedor.



CARLTON

Carlton era alto, bien formado y muy elegante. La cara era de tipo griego, pero las facciones inglesas. A primera vista se comprendía fácilmente que tenía mucho de la fogosidad de los orientales y no poco de los sentimientos característicos del inglés neto. Observándole disimuladamente, pronto quedé convencido de que pocas ó ninguna vez había visto una persona que supiera dominarse mejor ni ocultar tan bien su talento, que debía de ser portentoso.

Durante la comida fué muy animada la conversación. Carlton hablaba bien, y accediendo á la cortés invitación de Dufrayer nos hizo una reseña de su vida desde la última vez que había visto á mi amigo.

—Sí, dijo, he sido muy afortunado y no puedo quejarme. El comercio de brillantes, como ustedes comprenderán, es uno de los más arriesgados; pero tuve la suerte de conocerlo muy á fondo en poco tiempo, y ahora creo que sé lo que hago. El negocio se presta al engaño y al robo, pero yo he salido siempre bien, gracias á la fortuna que no me abandona un momento.

—Se habrá usted visto alguna vez en lances peligrosos, ¿no es así? preguntó.

—No, contestó, no he tenido ninguno que merezca la pena de referirlo. Los tratos grandes, por supuesto, van siempre acompañados de momentos de intranquilidad; pero aparte del vehemente deseo de realizar un negocio de importancia, mi vida ha sido muy vulgar. Desgraciadamente no ha sucedido lo mismo con mis amigos, uno de los cuales, sobre todo, está ahora sufriendo mucho y de una manera muy extraña.

—¿De veras? dije. ¿Y no puede usted contarnos eso?

—No creo que hay inconveniente, replicó Carlton; no es ningún secreto. Tal vez habrán ustedes oído hablar del famoso brillante de Rocheville.

—No recuerdo, contesté, pero lo oiremos con mucho gusto.

Habíamos terminado ya de comer.

Carlton aceptó un habano, lo encendió y reclinándose en la silla comenzó diciendo:

—Son contadas las personas que saben que existe ese brillante, á pesar de ser uno de los mejores del mundo. En peso, claro está, hay varios que le superan. Pesa ochenta y dos quilates, es ovalado y tiene un hueco en el extremo más estrecho. En brillantez y lustre no he visto piedra que le iguale ni creo que la hay. Su historia es curiosísima. Hace siglos perteneció á un Maharajah de la India, á quien se lo compró un millonario americano. Por mis manos pasó hace diez años y hubiera querido retenerlo para mí, pero mis negocios no eran tan buenos entonces como ahora y tuve que venderlo. Un barón ruso me lo compró y lo llevó á Nápoles, donde le fué robado. El brillante

estuvo perdido para el mundo desde entonces hasta hace dos meses en que apareció en este país.

Cuando Carlton nombró la ciudad de Nápoles, cuartel general, por así decirlo, de la terrible Hermandad, Dufrayer me dirigió una mirada significativa.

—Pero no parece sino que la fatalidad persigue á quien posee la piedra, agregó Carlton, pues de nuevo ha desaparecido.

—¿Y cómo ha sido eso? pregunté.

—No puedo explicarlo; únicamente sé que las circunstancias de la desaparición son las siguientes: el mes pasado, mi señora y yo fuimos á pasar unos días con un antiguo amigo y pariente de mi madre. Se apellida Roden y es el jefe de la sociedad Roden Frères, de Cornhill, grandes joyeros. Roden me dijo que me preparaba una sorpresa, y cuando le pregunté qué era ello me enseñó el brillante de Rocheville. Añadió que se lo había comprado á un tratante de Ceilán, y que el precio que le exigió por él era bastante menos de lo que vale en realidad.

—¿Y cuál es su valor actualmente? preguntó Dufrayer.

—Creo que vale unas quince mil libras esterlinas, pero Roden no pagó más que diez mil. ¡Pobre amigo! Ahora ha perdido brillante y dinero. Aunque si he de decir la verdad, estoy en la creencia de que lo que compró no fué sino una imitación, por más que no acabo de comprender cómo se dejó engañar un hombre de su talento y de su práctica. Pero en fin, vamos á lo que sucedió. Como he dicho antes, mi señora y yo pasábamos una temporadita en la magnífica posesión que tiene en la provincia de Staffordshire. Mi esposa, que es muy inteligente en piedras preciosas, quiso ver el brillante y Roden se lo enseñó. Pensaba hacerlo engarzar para su señora, la cual, dicho sea de paso, es una mujer lindísima. A la mañana siguiente lo trajo á Londres con esa idea, y nosotros regresamos á Cor Castle. Aquella misma tarde recibí un despacho de mi amigo, rogándome que fuera á verle en seguida. Fui y le encontré sumido en la más profunda desesperación. Sacó el brillante idéntico, al parecer, al que habíamos visto la noche anterior, y me dijo haber quedado plenamente comprobado que sólo era una imitación, aunque tan perfecta como jamás había visto. Hicimos todas las pruebas posibles, y por fin quedamos convencidos de

que, en efecto, no era brillante ni mucho menos. Ahora la cuestión es la siguiente: ¿compraría Roden la verdadera piedra y se la han robado ó compró la imitación que tiene en su poder? Él asegura que lo que compró fué el verdadero brillante de Rocherville, y añade que lo sometió á toda clase de pruebas antes de cerrar el trato. Cree también que es imposible que se lo hayan robado desde que lo tiene en su poder. Y no obstante, no hay duda ninguna de que eso es lo que ha sucedido. Por lo pronto estamos seguros de que la piedra que posee ahora no es el brillante, sino una perfecta imitación.

—¿Y se ha descubierto algo desde entonces? pregunté.

—Nada absolutamente, contestó Carlton, y probablemente no se descubrirá nunca. De una cosa no hay duda ninguna. La forma singular y la apariencia del brillante son bien conocidas de todos los tratantes en joyas, y el que ha hecho la imitación ha tenido que tener la verdadera piedra en su poder durante algún tiempo.

—¿Será posible que alguien haya andado en el arca de mister Roden? dijo Dufrayer.

—No pensaría usted eso, amigo mío, contestó Carlton, si conociera la forma especial del arca y el lugar donde se halla. Aquí hablamos entre amigos y voy á confiarles un secreto. Roden y yo tenemos en nuestras respectivas casas un cuarto blindado, construído para guardar en él las arcas que contienen las joyas. Es tan singular su construcción, que en el momento que se introduce en la cerradura una llave cualquiera comienza á sonar una porción de timbres eléctricos, puestos en comunicación con nuestras alcobas. De modo que ya ven ustedes que sería imposible enredar en la cerraja sin armar un alboroto que evitaría el robo. Roden y yo ideamos este plan, y creemos que con él las piedras de más valor que tenemos están más seguras en nuestras casas que en los Bancos de Londres. Pero, ¡qué diantre! quiero que lo vean ustedes. ¿Por qué no han de venir á pasar unos días de caza en mi posesión? Así me proporcionarían el gusto de ver mi cuarto blindado. Tal vez les interesaría también mi colección de joyas, que es bastante buena, dicho sea sin orgullo. El tiempo está hermosísimo ahora para andar de caza, hay faisanes en abundancia y en casa sitio de

sobra. Tenemos muchos amigos allí y pasamos el tiempo muy alegremente. Por cierto que también tenemos con nosotros á la mujer de moda, á Mme. Koluchy.

Cuando pronunció las últimas palabras Dufrayer y yo no pudimos reprimir un estremecimiento, que afortunadamente pasó inadvertido para Carlton. Mi corazón latía con violencia.

—Gracias, iré con mucho gusto, respondí; me causará un verdadero placer.

Dufrayer me miró, comprendió el fin que me impulsaba y contestó en seguida:

—Yo también creo que podré ir á pasar unos días.

—Me alegro. Les espero el lunes próximo y mandaré el coche á la estación á la hora que ustedes me indiquen.

Prometimos avisarle la hora en que partiríamos de Londres, y poco después se despidió.

—Cara á cara por fin, exclamó Dufrayer en cuanto hubo salido. ¡Qué cosa tan singular! ¿Quién diría que vivimos en el siglo xix? Aunque, por supuesto, es muy posible que madame Koluchy se marche en cuanto sepa que vamos á llegar nosotros.

—No lo creas; esa mujer no conoce el miedo, contesté. Se quedará; ¡vaya si se quedará! Pero oye, parece que han llamado.

—Tal vez sea Carlton que ha olvidado algo. No espero á nadie.

Un momento después se abrió la puerta y entró Tyler, uno de los principales agentes de policía de Londres.

—Buenas noches, señores, dijo hablando apresuradamente. Dispénsenme que venga á molestarles á estas horas, pero acabo de recibir una noticia importantísima y me he apresurado á comunicársela. Estoy seguro, añadió riéndose de buena gana, que no adivinan ustedes la que puede ser. He sabido que hace un mes penetraron unos ladrones en casa de Mme. Koluchy y parece que la saquearon por completo. Cuando ocurrió esto se hallaba ella viajando en el yate. Fué después del atentado contra la vida de usted, Mr. Head, y se supone que en la casa no había nadie á la sazón. No se sabe por qué habrá sido, pero lo cierto es que Madame no ha dado conocimiento del robo en Scotland Yard ni ha procurado recobrar las cosas que le fue

ron robadas. Hace poco se ha enterado de esto Ford, y él sospecha que los ladrones habrán sido los mismos que hace algunos meses penetraron en la gran joyería de Piccadilly. Es un caso muy original.

—¿Cree usted que habrán sido alguno ó algunos de su misma secta que la guardan rencor?

—Me parece que no, replicó Tyler; no creo que se atreverían á tanto... Pero en fin espero que lo sabremos, porque Ford está encargado de averiguarlo por orden de las autoridades.

—¿Y si yo le dijera á usted que Dufrayer y yo sabemos dónde se halla Madame en este momento?

Entonces le referí algo de nuestra entrevista con Carlton, y le dije que teníamos intención de vernos cara á cara con madame Koluchy á principios de la semana entrante.

—¡Qué feliz casualidad! exclamó frotándose las manos de alegría. De fijo que descubrirá usted algo, Mr. Head, dada su gran perspicacia. Me parece que de ésta no se escapa Madame. ¡Cuánto daría yo por tener la suerte de encontrarme con ella!

—De todos modos, procure usted vivir prevenido, Tyler, observó Dufrayer; tal vez tengamos que telegrafiarle para que venga inmediatamente. No se sabe lo que puede ocurrir, pero tenga usted la seguridad de que haremos lo posible á fin de obligar á Madame á que se comprometa ó se descubra. Por mi parte, añadió, aunque es verdad que parece increíble, sospecho que ella es la instigadora del robo del famoso brillante.

Empezaba á caer la tarde del siguiente lunes cuando llegamos á la estación más próxima á Cor Castle. El mismo Carlton nos esperaba con el coche, y media hora después de apearnos del tren nos encontrábamos en su posesión. Era un edificio muy antiguo, pero bien cuidado, reformado y lleno de todas las modernas comodidades.

Carlton nos condujo directamente al salón principal y llamó con voz alegre á su esposa.

Una joven delgada, alta, muy rubia y de rostro aniñado avanzó hacia nosotros. Tendió la mano con amabilidad, y después de darnos la bienvenida nos invitó á que pasáramos á unirnos á los demás convidados, que en aquel momento se

hallaban en torno de la inmensa chimenea, en la que chisporroteaba un alegre fuego.



TENDIÓ LA MANO CON AMABILIDAD

La señora de Carlton nos presentó á la mayor parte de los convidados, y en seguida fué á sentarse á la cabecera de una mesa sobre la cual se había colocado un servicio de té de plata maciza.

Al primer golpe de vista nos enteramos de que Mme. Koluchy formaba parte de la reunión. Estaba de pie al lado de nuestra huésped, y cuando se cruzaron nuestras miradas se inclinó, murmurando algunas frases al oído de la señora de Carlton. Levantóse ésta inmediatamente, y acercándose á mí me dijo:

—Permítame, Mr. Head, que le presente á mi amiga íntima, Mme. Koluchy, por más que me dice que son ustedes antiguos conocidos.

—Sí, somos amigos viejos; ¿no es cierto, Mr. Head? observó Madame con voz suave y melodiosa.

Y me tendió la mano, inclinando la cabeza.

Fingí no haber visto la mano que me tendía, y por toda contestación la saludé con frialdad, mientras ella sonreía afablemente.

—Venga usted á sentarse á mi lado, continuó; me causa verdadero placer verle de nuevo, Mr. Head. Me ha tratado usted tan mal últimamente... Ni siquiera ha venido á verme.

—¿Pensaba usted acaso que iría á visitarla? pregunté.

Algo había en el tono de mi voz que la impresionó, y quedó suspensa por un momento. Luego levantó la vista, me lanzó una mirada atrevida y provocadora y contestó en voz baja:

—No, es usted demasiado inglés.

Un momento más tarde volvióse hacia Mrs. Carlton, diciendo:

—Leonora, olvidas tus deberes. Mr. Head está esperando su té.

—¡Ay! dispense usted. ¡Cuánto lo siento! contestó la señora de Carlton. No me había fijado, Mr. Head.

Me sirvió la taza de té y vi que la mano le temblaba tanto que apenas podía sostenerla.

—¿Estás cansada, Nora? continuó Madame. ¿Quieres que ocupe tu puesto para que descanses un rato?

—No, no, estoy perfectamente, fué la respuesta, pronunciada con cierto despecho.

—Venga usted á charlar conmigo, dijo Madame volviéndose de nuevo hacia mí, y en el tono imperioso de una soberana que habla con un súbdito.

Se dirigió á uno de los balcones y la seguí.

—Sí, continuó diciendo, es usted demasiado inglés para desempeñar bien su papel. ¿No puede usted reconocer las cortesías propias de la lucha? ¿No le impresionan las atenciones y galanterías de su adversaria? Es usted harto brusco. ¿Que nuestros intereses son opuestos? Pues tanto mayor motivo para que nos tratemos más cortésmente cuando nos encontremos.

—Tiene usted razón, Madame, contesté hablando siempre en voz baja, en llamarme adversario. El duelo no ha terminado todavía.

—Es verdad, aun no hemos terminado.

—Poseo la terquedad que caracteriza á los hombres de mi país. Cuesta trabajo el excitarnos; pero una vez puestos á ello, luchamos hasta la muerte.

No dije más. En aquel momento se acercó uno de los convidados. Madame lo llamó á su lado en tono de broma y yo me retiré.

Aquella noche, durante la comida, Madame estuvo tan elocuente como siempre. No se abordó ningún asunto sobre el cual no supiera hablar con lucimiento. Sin dificultad ninguna llevó la conversación al tema que se le antojó, y en todos dió brillantes muestras de su talento, de su ilustración y de su gracia. Todos estuvieron pendientes de sus labios, como suele decirse, y á todos los dejó encantados.

Yo había conducido á la mesa á Mrs. Carlton y no pude menos de fijarme en ella. Tenía todo el tipo de la mujer sajona: era muy rubia y de cutis blanquísimo. Indudablemente que en su juventud habría sido muy bonita. Lo era también entonces, hasta cierto punto; pues observándola de cerca notábase en su semblante algo, y aun algos, que le robaba la belleza. La cara era demasiado delgada, la mirada muy angustiosa, el color harto pálido y hasta el pelo comenzaba ya á retroceder de las sienes, por más que el estilo del peinado evitaba que esto se notara mucho.

Mientras hablaba conmigo observé que de cuando en cuando se distraía, que en más de una ocasión sus miradas se encontraban con las de Madame y que cuando esto sucedía, la señora de Carlton parecía temblar de miedo. Fácil era comprender que había sucedido lo de siempre. Madame no perdía el tiempo

en Cor Castle. La señora de Carlton estaba en su poder. Era evidente que Carlton no sabía nada, y que con aquella combinación se tramaba, sin duda, alguna nueva y misteriosa diablura. ¿Conseguiríamos evitarlo Dufrayer y yo? Ya no era una sospecha, sino una certidumbre, que había algo más allá de lo que alcanzaba la vista.

Mientras estos pensamientos cruzaban por mi mente resolví estar siempre alerta, siempre listo para cualquier cosa que pudiera ocurrir. Comprendí que para hacer mi papel necesitaba ante todo y sobre todo mucha calma y mucha sangre fría. Por lo tanto me lancé á la conversación contestando á Madame en su mismo terreno, y más tarde, cuando promovió y sostuvo una discusión con extraordinaria gracia, todo el mundo guardó silencio para oírnos. Sin embargo, mientras discutía con la bella italiana procuraba no perder de vista á la esposa de Carlton. Noté que cada vez se hallaba más intranquila; nos escuchaba con marcada atención, y en sus ojos apareció una mirada reveladora de profunda pena, de horrible sufrimiento. Lo olvidó todo y no hacía más que mirarnos, primero á uno y después á otro, como si estuviera fascinada.

Poco después de retirarnos del comedor, Mrs. Carlton vino á sentarse á mi lado; madame Koluchy no estaba ya, pues había ido á la sala de billar con Carlton, Dufrayer y otros conocidos. Dirigió una mirada inquieta en derredor y vi que se hallaba nerviosa y agitada. Después de algunas frases desprovistas de interés se me figuró que quería decirme algo, pero que no se atrevía, y resolví ayudarla.

—¿Hace mucho tiempo que conoce usted á madame Koluchy? pregunté.

—Unos dos años, fué la respuesta. ¿Y usted, Mr. Head?

—Más de diez.

E inclinándome un poco para que nadie más que ella oyera lo que iba á decir, añadí:

—Madame es mi enemigo mortal.

—¡Cielos! exclamó estremeciéndose.

Apenas pudo disimular su emoción, pero después de unos momentos logró dominarse y contestó:

—Lo es mío también. Es un enemigo cruel, terrible, inhu-

mano... el diablo mismo. No se le puede dar el nombre de mujer, añadió expresándose con vehemencia. ¡Ay, Mr. Head! No sabe usted, no puede usted formarse una idea de lo que me hace sufrir. ¿Me permitirá usted que le cuente algo?



MADAME ES MI ENEMIGO MORTAL

—Si lo que quiere usted decirme se relaciona con Madame, tendré mucho gusto en oírla.

—Gracias, muchas gracias, murmuró, pero ya vuelven. Buscaré ocasión para contárselo mañana. Que Madame no se entere de esta confidencia.

Se levantó y me dejó solo para ponerse á hablar allí mismo

con una joven que acababa de venir del salón de billar. Llevaba el terror pintado en su rostro, por más que procuraba ocultarlo.

Poco después nos retiramos á descansar, sin que se me hubiese presentado ocasión de decir una palabra á Dufrayer, que tenía la alcoba en el otro extremo de la casa.

A la mañana siguiente Carlton nos llevó á mi amigo y á mí á ver su cuarto blindado. Me llenaron de asombro el ingenio y el talento con que estaba construído. En el momento en que se introducía una llave cualquiera en la cerradura sonaba una porción de timbres eléctricos. El arca era tan perfecta que las palancas y los pestillos, además de la cerraja, la hacían verdaderamente inexpugnable.

—El arca de Roden es idéntica á ésta hasta en sus menores detalles, observó Carlton mientras echaba la llave y colocaba de nuevo los pestillos en sus sitios correspondientes. Ahora habrán ustedes comprendido que sería imposible cometer aquí un robo sin que el ladrón cayera en el garlito.

—Indudablemente que sólo algún mago pudiera cometerlo, contestamos.

—Bien; y ahora, señores, añadió Carlton, sepan ustedes que hemos dispuesto para esta mañana una partida de caza. Conque olvidemos los brillantes y los cuartos blindados, y á pasar en el campo un día agradable. Abunda la caza y creo que nos hemos de divertir.

Subimos la escalera de piedra, y pocos minutos más tarde emprendía la marcha la expedición, después de haber acordado que las señoras nos esperasen en la casa de uno de los guardas.

Pasamos una mañana deliciosa. El tiempo no dejaba nada que desear, la caza fué abundante y todos nos sentimos alegres. Pocas veces en mi vida recuerdo haberme divertido tanto. Sin embargo, el recuerdo de madame Koluchy venía de cuando en cuando á turbar mis pensamientos. ¿Qué le sucedería á la esposa de Carlton? Bien convencido estaba yo de que él no sabía nada del secreto de su mujer. Haciendo con exquisita delicadeza en el campo los honores de anfitrión, nunca me ha tocado tratar con persona más agradable.

Cuando llegó la hora de almorzar vi con marcada satisfacción que madame Koluchy no estaba entre las señoras que nos espe-

raban. En cuanto Mrs. Carlton me vió, acercóse á mí preguntando:

—¿Me permitirá usted, Mr. Head, que le acompañe en su paseo después de almorzar? No tengo miedo de la escopeta y no creo que le estorbaré mucho.

—Con muchísimo gusto, Mrs. Carlton, respondí.

—Madame está enferma, continuó la señora. Se quejó de un fuerte dolor de cabeza y ha tenido que retirarse á su cuarto. Esta es la ocasión que yo esperaba y pienso aprovecharla.

Nos pusimos á almorzar y apenas probaba bocado. Poco después dije que había terminado y me levanté. Pronto hicieron todos lo mismo, y acompañados de Mrs. Carlton volvimos á salir al campo, donde no tardó en comenzar el tiroteo.

Al principio mi compañera estuvo silenciosa. Andaba muy de prisa y mostraba vivos deseos de apartarse de los demás. Era muy visible su agitación; pero comprendí que no se atrevía á hablar resueltamente, y me pareció que debía ayudarla otra vez.

—Está usted sufriendo, la dije, y Madame tiene la culpa de su sufrimiento. Tenga usted valor y cuénteme lo que le sucede. Conozco bien á Madame y la compadezco á usted de todo corazón; felizmente, en más de una ocasión he podido librar de sus garras á personas á quienes se proponía hacer víctimas suyas.

—¿De veras? ¿es posible? exclamó dirigiéndome una mirada de esperanza que se desvaneció en seguida. Pero en mi caso, añadió en seguida con tristeza, en mi caso creo que eso será imposible. En fin, voy á hablarle con toda confianza, rogándole me ayude si puede.

Hizo una breve pausa y prosiguió hablando apresuradamente:

—Es tanto lo que estoy sufriendo que la vida ha llegado á serme insoportable. Mi pena es de tal naturaleza que se me hace imposible hablarle á mi esposo de lo que tanto me aflige.

Esperé en silencio.

—Sin duda le extrañarán mis palabras, continuó, pero comprenderá usted lo que quiero decir cuando sepa toda la verdad. Ante todo, le ruego que guarde la más absoluta reserva.

—No revelaré ni una sola palabra sin su permiso.

—Gracias, no necesito más. A fin de que comprenda usted lo que voy á contarle, tengo que exponer antes una parte de la

historia de mi vida. Cuando era yo muy joven, pues apenas había cumplido diez y siete años, me casaron con el conde de Porcelli, un italiano muy rico. Como mi familia era pobre, el



SUFRO HORRIBLEMENTE

mundo creyó que hacía una boda excelente. Aunque de mucha más edad que yo, el conde era una persona agradable y bien parecido. Casi inmediatamente después de la boda murió mi madre, y entonces el conde me llevó á vivir á Nápoles. No ha-

cía mucho tiempo que estábamos en aquella ciudad cuando descubrí cosas terribles. Supe que mi esposo era jefe de una sociedad secreta, cuyo nombre no pude nunca averiguar. Pero no es necesario entrar en detalles de aquella triste época; baste decir que el conde me sometió á todo género de crueldades.

En el otoño de 1893 fuimos á pasar una temporada en Roma, y allí murió el conde de una puñalada que le asestaron estando en el Foro. Aquella noche se alejó de mí furioso porque me había negado á acceder á sus insoportables exigencias, y no volví á verle más ni muerto ni vivo. Su muerte fué para mí un alivio grandísimo. Regresé á Inglaterra, y dos años después me casé con Mr. Carlton, con quien fui completamente feliz. Al año de nuestro matrimonio nació mi hijo. Mi esposo me quiere con delirio; tiene un corazón noble, es un perfecto caballero, bondadoso y de intachable conducta. Empecé á olvidar aquellos horribles días pasados en Nápoles y en Roma, pero hace un año que todo ha cambiado para mí. Fui á ver á ese monstruo disfrazado de mujer y llamado Mme. Koluchy, que finge ser una gran doctora y á quien ahora como entonces acuden á consultar multitud de personas distinguidas. Yo sufría una ligera indisposición y mi esposo me instó para que fuese á verla. Fui, y pronto, muy pronto, descubrimos que nos unían al triste pasado lazos horribles. Madame conocía mucho á mi primer esposo el conde de Porcelli, y me dijo que no sólo vive todavía, sino que está en Inglaterra y que por tanto mi casamiento con Carlton es nulo. ¡Figúrese usted cuánto sufriría yo al oír esto! Si fuese cierto, ¿qué sería de mi hijo y de mi esposo? El disgusto fué tan grande que enfermé de veras y estuve delirando atrocemente durante una semana. Madame se empeñó en asistirme y apenas se separaba de mi lado. Me trató con fingido cariño y declaró que de ninguna manera me descubriría. Añadió, sin embargo, que el conde se había enterado de mi segundo casamiento, y que el único modo de obligarle á guardar el secreto sería comprando su silencio. Desde aquel momento empezaron las más infames exigencias, y repetidas veces he tenido que entregar grandes cantidades de dinero. Afortunadamente Carlton es tan rico que no se fija en lo que me da, y me daría gustoso todo cuanto tiene, sin preguntarme para qué me hacía falta. Hace más de un

año que las cosas se hallan en tal estado. Por el momento creo haber conjurado el peligro, pero no dejo de comprender que estoy expuesta á que de un día á otro se descubra la verdad.

—Pero ¿qué pruebas tiene usted de que el conde vive todavía? pregunté. No olvide usted que en el mundo no hay muchas personas tan poco escrupulosas como Madame. Puede ser todo una invención suya para sacarle dinero.

—Aunque no he visto al conde, las pruebas son incontestables. Madame me ha traído algunas cartas escritas por él, y estoy segura de que son auténticas. Promete no revelar el secreto mientras siga proporcionándola el dinero que necesita, pero al mismo tiempo me dice que me descubrirá el día en que deje de atender á sus exigencias.

—Pues á pesar de todo, opino que no es cierto que exista el conde de Porcelli, y que Madame la engaña á usted para sacarle dinero. ¿No tiene usted más que decirme?

—Sí, mucho más: aun le falta saber lo peor. La situación en que ahora me encuentro es desesperada, es para asustar al corazón más valiente. Hace un mes vino Madame á nuestra casa en Londres, y encontrándose frente á mí me hizo la más infame proposición. Sacó un estuche del bolsillo, lo abrió por medio de un resorte y descubrió el brillante más grande que he visto en mi vida. Cuando lo estaba mirando llena de admiración me dijo que no era brillante, sino una buena imitación. Me dejó asombrada.

—Y ahora escúcheme usted con atención, continuó diciendo Madame. Todo su porvenir depende de que tenga usted el talento y el valor necesarios para hacer una cosa. La piedra que tiene usted en la mano es una imitación perfectísima. No apelando á todos los medios posibles para probarla, estoy segura de que se engañaría el perito más hábil é inteligente de Londres. La verdadera piedra está en casa de Mr. Roden, á cuya posesión en Staffordshire sé que irán ustedes mañana á pasar unos días. Pues bien; hace seis semanas que la verdadera joya, el brillante auténtico, fué robado de mi casa en Welbeck Street. Mr. Roden se lo compró á un comerciante de Ceilán, cómplice de los ladrones que penetraron en mi casa. Pagó por él un buen precio, pero no llegó ni á la tercera parte de lo que vale en realidad. Por ra-

zones que ahora no son del caso no me convenía dar parte á las autoridades del robo efectuado en mi casa, así que fué fácil vender la piedra por una buena suma; pero los que crean que he de aquietarme con tan tremenda pérdida no me conocen bien. Estoy decidida á recobrar el brillante, cueste lo que cueste, y si no puede ser por buenas será por malas. Usted es la única persona que puede ayudarme, pues de usted nadie sospechará y podrá trabajar donde yo no tendré ocasión de hacerlo. Usted es, pues, la que ha de sustituir la piedra falsa con la verdadera.

—Pero Madame, exclamé, eso es imposible. ¿Cómo quiere usted qué haga yo una cosa así?

—Muy al contrario, contestó, es muy fácil, siempre que siga usted mis instrucciones. Cuando estén ustedes en casa de Mr. Roden hablará usted incidentalmente de piedras preciosas, mejor dicho, hablará su esposo, de quien se sospechará aún menos que de usted, y suplicará á Mr. Roden que le enseñe el cuarto blindado donde guarda siempre el brillante. Una vez allí, hallará usted una disculpa, un pretexto, para quedarse sola, y reemplazará la piedra legítima con la falsa. Usted verá la mejor manera de hacerlo. Lo único que la exijo es que obtenga la piedra; de lo contrario...

Y clavó en mí sus ojos, que relucían más que el brillante, lanzándome una mirada terrible.

—De lo contrario... murmuré débilmente.

—El conde de Porcelli no está lejos y reclamará á su esposa. Piense usted en Mr. Carlton si esto sucediera, piense usted en la deshonra de su hijo...

Calló, levantó los ojos hacia arriba con un gesto especial suyo y añadió:

—Creo que no necesito decir más.

Con todas mis fuerzas traté de rechazar su terrible proposición; al principio me negué abiertamente á hacer lo que me decía, pero sucumbí al fin, pensando en lo que sería de mi hijo y de mi esposo, á quienes idolatro.

Al día siguiente fuimos á casa de Mr. Roden, y de una manera incidental hablé de las joyas á mi esposo, á quien supliqué pidiera á Roden que me enseñara su cuarto blindado, así como el famoso brillante y las demás joyas que tuviese. Mr. Roden

accedió con mucho gusto. Lo mismo que mi marido, tiene el capricho de guardar las piedras en las arcas del cuarto blindado. Entramos en éste, y Roden me puso el brillante en la mano. Cuando lo estaba examinando, di un paso hacia atrás



MR. RODEN ME PUSO EL BRILLANTE EN LA MANO

con toda intención; con un movimiento torpe tiré una silla y dejé escapar de entre los dedos la joya. Con una ligereza increíble la cubrí con el pie, y sin que se fijara ninguno de los dos reemplacé el brillante legítimo con el falso. Un momento después éste se hallaba en el arca de Mr. Roden, y el auténtico, el verdadero, en mi bolsillo.

Llevando en el bolsillo el brillante de Rocheville, que pare-

cía pesar más que el plomo, salimos al siguiente día para regresar á Cor Castle.

Tengo un buen número de joyas de valor, las cuales guardo en un estuche construído expreso, el que á su vez está encerrado siempre en el cuarto blindado. Con la disculpa de guardar unos brillantes y zafiros que tuve puestos pedí la llave á Carlton y encerré el brillante en mi estuche. Es imposible que me lo roben de allí por la forma especial de la cerraja, que está en combinación con unos cuantos timbres eléctricos, que sueñan en cuanto se introduce una llave cualquiera. Fijese bien, Mr. Head: Madame está enterada del secreto del cuarto, porque me ha obligado á revelárselo, y sabe que, aun con toda su astucia y habilidad, no puede trampear en la cerraja. En vista de que yo me negaba á darle la piedra, me ha dicho esta mañana que si no se la entrego antes de que llegue la noche descubrirá mi secreto á todo el mundo, sin que valgan de nada mis ruegos ni mis súplicas. Es dura como una roca; su amabilidad, su dulzura, sus bondades, todo es fingido, todo superficial; es inútil apelar más que á su avaricia. La palabra temor no tiene significación para ella. ¿Qué hacer, Dios mío? Por nada del mundo la entregaré el brillante. Pero ¡qué locura tan grande fué la mía! No puedo explicarme cómo accedí á sus exigencias.

Por unos momentos quedé mudo de asombro, contemplando á la señora de Carlton sin acertar á pronunciar una palabra. Toda la diabólica obra de Mme. Koluchy quedaba patente. El robo que tanto había extrañado á Roden quedaba por fin aclarado.

No pude imaginarme qué sería capaz de hacer Carlton cuando se enterara de la verdad, pero comprendí la conveniencia de que la supiera cuanto antes. Me sentía seguro de que el conde de Porcelli había muerto efectivamente, y de que el dinero que Madame le sacaba á la joven esposa de Carlton iba todo á parar á su bolsillo; pero aunque lo creía firmemente, dudando de que existiera motivo ninguno para que Mrs. Carlton temiese la deshonra suya y de su hijo, no tenía medios de probarlo. Era indudable que había llegado la hora de trabajar y que no había un momento que perder. La señora de Carlton estaba aterrorizada y se había comprometido seriamente con el acto de robar el brillante.

Clavando la vista en mí, dijo por fin en voz muy baja:

—Cualesquiera que sean sus pensamientos, Mr. Head, lo ruego que hable. Ya comprendo que me tiene usted por una de las criaturas más viles del mundo, pero ¡ay! ¡si supiera usted cuánto he sufrido!

—Simpatizo con usted desde luego, contesté, pero sólo hay un medio de arreglar el conflicto. ¿Me permite usted hablar con entera franqueza? Pues bien, no creo en la existencia del conde. Madame es bastante ingeniosa para falsificar las cartas y hacerle á usted creer que eran auténticas. Ya sabe usted que conozco perfectamente á esa terrible mujer. Tiene mucho talento, pero no conoce el escrúpulo. Es evidente que saca mucho provecho abusando de la confianza y del temor de usted; de modo que hasta que confíe usted en su esposo y se lo cuente todo será imposible intentar cosa ninguna. No olvide usted que también él se halla comprometido, pues Mr. Carlton no pararía hasta encontrarse frente á frente con el conde. Madame no tendría más remedio que descubrirse y usted quedaría salvada. ¿Quiere usted seguir mi consejo? ¿Se lo dirá usted inmediatamente á su esposo?

—No puedo, es imposible, murmuró.

—Pues bien, hay que tener en cuenta otra cosa. Mr. Roden ha resuelto averiguar á todo trance quién ha robado el brillante, y al efecto ha puesto el asunto en manos de los *detectives* más inteligentes de Londres, los cuales trabajan día y noche para conseguirlo. Con seguridad que acabarán por comprender que usted fué la que cogió la piedra; la obligarán á abrir en presencia suya el estuche y... ¡figúrese usted el disgusto y la vergüenza que esto le causaría! Sí, créame usted, señora, es preciso que su esposo sepa la verdad y que se devuelva el brillante á su dueño.

La pobre señora sufría horriblemente.

—Es imposible, repitió; no puedo, no puedo contárselo á mi esposo. Buscaré algún medio de deshacerme de la piedra, pues antes de decirle á Mauricio lo que hice prefiero entregársela á Madame. Le agradezco á usted, Mr. Head, el consejo que me da y sé que es lo que debería hacer, pero no puedo, no tengo valor. Madame me ha dado palabra de que en cuanto recobre

el brillante saldrá de Inglaterra para siempre, que no volverá á molestarme y que la acompañará el conde de Porcelli.

—¿Y la cree usted?

—En este caso me inclino á creerla, porque sé que Madame se halla muy inquieta y estoy segura de que cree verse en grave peligro. Me lo ha indicado más de una vez, y sin duda estaba bien segura de que su situación no era muy airosa cuando no dió á las autoridades conocimiento del robo cometido en su casa. Pero escuche usted, alguien se acerca. ¿Quién será?

Mrs. Carlton se inclinó un poco y miró por entre los árboles.

—Tengo un miedo horrible á esa mujer, continuó. ¿Quién sabe si nos estará observando por entre los árboles! Tal vez sería fingido el dolor de cabeza de que se quejó. ¿Qué sería de mí si llegara á enterarse de que le he confiado á usted mi secreto! Prosiga usted, por favor, con su caza; no conviene que ella nos vea juntos.

Apenas pronunció estas palabras cuando vi á lo lejos á madame Koluchy que venía hacia nosotros. Andaba muy despacio, con el gracioso movimiento que tan simpática la hacía, y parecía hallarse muy preocupada.

—¿Qué hacemos? preguntó Mrs. Carlton con cierto apuro.

—Por ahora, nada; procure usted mostrarse serena. En cuanto á lo que hemos de hacer más adelante, ya hablaremos, pero pronto, porque el caso es urgente. Doy á usted palabra de salvarla, sacándola de este compromiso, cueste lo que cueste.

—¡Cuánto se lo agradezco á usted! Pero ¡por Dios! continúe cazando, porque esa mujer penetra hasta en los pensamientos.

Precisamente en aquel momento apareció un hermoso faisán por entre el ramaje, por encima de nuestras cabezas. Miré á Mrs. Carlton, la vi muy pálida y levanté la escopeta para tirar. Era la primera vez que la usaba después del almuerzo. ¿Qué sucedía? Hubo un instante en que pude comprender que algo extraordinario ocurría allí. Después... una detonación estrepitosa, una llamarada intensa... Vacilé, caí y perdí el sentido.

.....
Al poco rato volví á darme cuenta de lo que pasaba á mi lado. Abrí los ojos; Dufrayer estaba inclinado sobre mí, mirándome con marcadísima inquietud.

—Quieto, dijo; no te muevas. Doctor, por fin ha recobrado el conocimiento.



LEVANTÉ LA ESCOPETA PARA TIRAR

Se acercó un joven de mirada inteligente y exclamó:

—¡Ah! ¿Se encuentra usted mejor? Me alegro; pero es muy necesario que esté completamente tranquilo. Tome esto.

Acercó una copa á mis labios y bebí con ansia. Entonces me

fijé en que tenía la mano y el brazo izquierdos vendados con tablillas y sujetos al costado.

—¿Qué ha sucedido? pregunté.

Pero apenas había pronunciado estas palabras cuando lo recordé todo.

—Ha sido un percance funesto que aun podría haber resultado peor, contestó Dufrayer. Ha estallado tu escopeta.

—¿Estallar? ¡Imposible! exclamé.

—Desgraciadamente es verdad, añadió mi amigo. Bien poco ha faltado para que te costara la vida. Tienes heridas en el brazo y en la mano izquierda.

—Dufrayer, necesito hablarte á solas. Haz el favor de suplicar al doctor que se retire un momento.

—Estaré cerca, dijo el doctor retirándose. Si acaso hiciera falta, no vacilen ustedes en llamarme inmediatamente.

Comprendí que tenía una calentura horrible, pero todo mi afán era conservar el conocimiento hasta que hubiese hablado con Dufrayer.

—Tengo que levantarme en seguida, Dufrayer, dije. El único mal que siento es un poco de mareo en la cabeza. ¿Es mucho el daño que tengo en el brazo?

—Es bastante, replicó Dufrayer.

—Pero ¿cómo es posible que mi escopeta haya estallado? Es de la fábrica de Riley y me costó 70 guineas. Apenas terminé la frase cuando una horrible sospecha cruzó por mi mente.

—He examinado tu escopeta, es decir, lo que quedó de ella, añadió Dufrayer marcando mucho las palabras, y me he convencido firmemente de que el percance no ha sido casual. La caja y el cañón han quedado hechos añicos; ha sido un milagro que no hayas muerto.

—Fácil es adivinar quién lo ha hecho, observé.

—Por lo menos, de una cosa tengo la completa seguridad, continuó Dufrayer: de que alguien anduvo en tu escopeta mientras almorzábamos. He interrogado á varias personas, y creo que un guarda sabe algo, aunque todavía no le he hecho confesar. También he examinado detenidamente el sitio donde estabas cuando ocurrió el percance, y allí he recogido un pedacito de la cápsula del proyectil. El caso es tan serio que he te-

legrafiado á Ford y á Tyler, los cuales llegarán mañana á primera hora. Opino que pronto tendremos suficientes pruebas para *empapelar* á Madame. Excuso decirte que estoy convencido de que todo es obra suya. Ya es la segunda vez que intenta quitarte la vida, y á todo trance hay que acabar con esa mujer. Pero vaya, no quiero molestarte más, porque te conviene el reposo.

—¿Son muy graves mis heridas?

—Afortunadamente, las contusiones que tienes en la cara no son de importancia, y gracias á Dios la vista no ha sufrido nada.

—¿Y las heridas?

—Creo que más vale decirte la verdad, repuso Dufrayer después de vacilar un momento. Juzgando por lo que opina el doctor, creo que no podrás servirte de la mano izquierda.

—Después de todo, amigo Dufrayer, más vale perder la mano que la vista, contestó. Y ahora escucha. La señora de Carlton acaba de revelarme un secreto de suma importancia, de mucha gravedad. Me lo comunicó dentro de la más absoluta reserva, y por tanto no puedo repetirlo sin antes obtener su permiso. ¿Crees que vendría á mi cuarto un momento?

—Estoy seguro de que vendrá, aunque no se encuentra bien. Ya sabes que se hallaba á tu lado al estallar la escopeta. Cuando llegué yo la encontré medio desmayada en brazos de Madame, aunque contra su voluntad, según me pareció. La diré que venga, por más que el doctor no quiere que hables mucho.

—No hagas caso del doctor ni de nadie. Necesito hablar con ella y no hay un momento que perder.

Dufrayer salió de mi cuarto y poco después entró Mrs. Carlton. Aun en medio de mis dolores y sufrimientos, no pude menos de notar con pena lo abatida que estaba; apenas podía tenerse en pie.

—¿Quiere usted hacerme un favor? la pregunté con voz apagada. Me debilitaba por momentos y empezaban ya á faltarme las fuerzas para hablar.

—Todo lo que me sea posible, contestó, menos...

—No quiero que haga usted excepciones. Ha faltado muy

poco para que pierda la vida y la hablo á usted ahora casi con la solemnidad de un moribundo. Desco que se presente usted á su esposo y le confie el secreto, todo cuanto me refirió á mí.



DÍGASELO Á SU ESPOSO

—¡No, no, no! exclamó volviendo la cabeza.

Tenía la cara más blanca que el vestido que llevaba.

—Pues si no puede usted decírselo á Carlton, por lo menos confíe en Dufrayer. Es abogado y está acostumbradísimo á oír historias tristes y terribles. El podrá aconsejarla. ¿Quiere usted hacer eso?

—No puedo, no puedo, repitió.

Sufría atrozmente, estaba agitadísima.

—¿No sabe usted lo que pasa? prosiguió diciendo. No encuentro la llave de mi joyero.

—Eso agrava más el asunto; aunque creo que ni Madame, con toda su diabólica habilidad, podrá trampear con la cerraja del cuarto blindado. Vamos, señora, prométame que contará usted á Dufrayer todo lo sucedido ó bien á su esposo; así podré descansar tranquilo.

—No puedo, Mr. Head, balbuceó; es imposible. Y por su parte, acuérdesse usted de que me dió palabra de no revelar á nadie mi secreto.

—Me pone usted en un cruel dilema, señora.

En aquel momento entró el médico acompañado de Carlton.

—¡Vaya, vaya! exclamó el primero. Está usted fatigándose, y eso no lo puedo permitir. Usted me dispensará, señora, añadió dirigiéndose á Mrs. Carlton, pero no tengo más remedio que decirle que no puede estar aquí. El enfermo necesita la más absoluta tranquilidad. Por fortuna, las contusiones de la cara son insignificantes, pero la sacudida que ha sufrido el sistema nervioso es muy grande; y si no está completamente tranquilo pudiera sobrevenir una fuerte calentura, y tal vez una seria complicación.

—Vámonos, Nora, dijo su esposo. Tú también necesitas descansar, hija mía; tienes muy mal semblante.

Cuando salían de mi cuarto llamé á Dufrayer y le dije:

—Procura ver ahora mismo á Mrs. Carlton; tiene algo muy importante que comunicarte. Dila que sabes que sufre mucho, y que aunque no te he revelado su secreto le ruego que confíe en ti, que te cuente todo cuanto á mí me refirió.

—Así lo haré, contestóme.

Unas horas más tarde volvió á mi lado.

—¿Qué hay? le pregunté con afán.

—Mrs. Carlton está tan delicada que no conviene molestarla más, me dijo. Ha tenido que retirarse á su cuarto y llamar al médico, el cual la recetó un calmante para los nervios. Su esposo, naturalmente, no acaba de comprender qué es lo que la pasa. Pero tienes muy mal semblante, amigo Head; es necesario que descanses. Sea lo que fuese lo que Madame ha hecho en esta

tragedia, continúa aparentando un aplomo y una serenidad asombrosos. En la mesa ha estado tan locuaz y tan brillante como siempre; no ha habido quien la iguale. Preguntó por ti con fingido interés, y hasta tuvo el valor de ofrecerse para venir á verte si podía hacer algún bien. Por supuesto, la dije que el médico no permite que entre nadie en tu cuarto. Pero ya hemos hablado bastante. Tienes que tomar esto, y procura tranquilizarte todo lo posible. Yo sigo con afán la pista de la escopeta, y creo que sólo se necesita un poco de tacto para obtener de uno de los guardas la evidencia del suceso de hoy. Mañana hablaremos despacio; ahora tienes que dormir. A ver si descansas bien.

La sacudida tan terrible que había recibido y el intenso dolor que comenzaba á atormentarme produjeron su efecto á pesar de mi fuerte constitución.

Dufrayer me dió el calmante, lo tomé, y poco después, accediendo á mis deseos, se retiró á descansar.

Pasaron unas dos horas, al cabo de las cuales la medicina comenzó á surtir efecto: la somnolencia se apoderó de mí, disminuyó el dolor y por fin me dormí; pero fué un sueño intranquilo, interrumpido con frecuencia por horribles pesadillas.

Desperté sobresaltado, encendí una cerilla y miré el reloj: eran las tres y media. Naturalmente, hacía horas que todo el mundo se había acostado y reinaba en la casa un silencio sepulcral. A lo lejos sentí el monótono tic tac del reloj del pasillo, pero ningún otro ruido llegó á mis oídos. Las pesadillas de mi sueño parecían tomar forma y realidad en medio de aquella quietud profunda. Figuras fantásticas parecían revolotear en torno de mi cama y se me figuraba estar viendo siniestras caras muy parecidas á la de Madame. La calentura era cada vez mayor, y después de un rato de angustia invadió mi ánimo un mortal temor de que algo terrible estaba sucediendo en aquel instante, temor que llegó á convertirse en firme convicción. Madame, con su extraordinario talento, tenía que adivinar que estaba en peligro, y con seguridad que no dejaría pasar la noche sin hacer algo. Para mí era cosa segura que, mientras los demás dormían, ella robaría el brillante de Rochefort y huiría de la casa.

No pude resistir la tentación. Arrojé la ropa que me cubría y salté de la cama en medio de una fuerte excitación que rayaba en delirio. Me puse la bata, salí al pasillo, bajé silenciosamente la gran escalera, crucé la antesala, y volviendo hacia la izquierda recorrí otro pasillo hasta la puerta de la escalera de piedra que conducía al cuarto blindado de mi amigo Carlton. Tan pronto como llegué á aquella puerta, mis temores se convirtieron en certidumbre.

Un rayo de luz interrumpía la oscuridad que reinaba; apresuradamente, retirándome, me oculté en un ángulo de la pared. Sí, tenía razón. Estaba sucediendo lo que sospechaba, lo que temía. Ante la puerta del cuarto blindado vi á Mme. Koluchy. ¡Sí, era ella!

Tenía en la mano una bujía encendida, y como yo estaba descalzo y no había hecho ruido ninguno, no se enteró de mi presencia. ¿Qué hacía? Esperé en silencio. Las sienes me ardían, mi corazón palpitaba violentamente. Me puse á escuchar, creyendo oír el ruido de los timbres que darían el aviso cuando introdujera la llave en la cerradura, y nada. Aunque no podía distinguir qué era lo que hacía, comprendí que estaba ocupada en alguna diablura; pero el caso era que los timbres seguían mudos.

Un momento después la puerta giró sobre sus goznes y Madame entró en el cuarto. Cuando vi esto, ya no pude contenerme y di un paso hacia adelante. En la oscuridad tropecé con el brazo herido en algún objeto, y entonces se volvió y me vió. Hice un esfuerzo terrible para cogerla, pero me fué imposible, porque las fuerzas me faltaron. Todo parecía dar vueltas á mi alrededor; caí sobre una cosa dura y comprendí que, sin darme cuenta de ello, había entrado en el cuarto blindado. Después de permanecer en el suelo por un instante completamente atontado di un salto y me levanté, pero ya era tarde. Rechinó la puerta de hierro y quedó cerrada. De una manera incomprensible, casi milagrosa, Madame había conseguido abrir la puerta, se había apoderado del brillante guardado en el joyero de Mrs. Carlton y me había encerrado dentro del cuarto blindado.

Atolondrado y débil como yo estaba, con el dolor y el dis-



ANTE LA PUERTA ESTABA MME. KOLUCHY

gusto que venía sufriendo, pudo fácilmente hacer de mí lo que quiso. Grité con todas mis fuerzas, que no eran muchas, pero fué inútil: ahogaba mi voz la densidad de las paredes.

Cuánto tiempo permanecí allí encerrado no puedo decirlo. El dolor tan intenso del brazo herido, agravado con la caída sobre el pavimento de piedra, me hizo por fin perder el conocimiento. Me sentía rendido por completo y frío hasta los huesos, cuando se abrió la puerta y entraron Dufrayer y Carlton.

—Te hemos buscado por todas partes, Head, dijo Dufrayer. Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo te encuentras aquí?

—Vine persiguiendo á Madame, contesté. Pero dime, ¿qué ha sido de ella? Dímelo pronto.

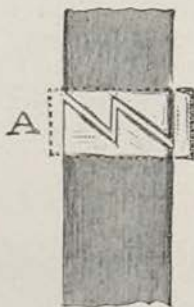
—Ha escapado, replicó mi amigo furioso. Pero ¿qué significa esto?

Entonces les referí lo que había ocurrido.

—Pero ¿cómo es posible que sin llave haya entrado en este cuarto? ¿Es alguna maga esa mujer? gritó Carlton.

—Dejaría usted abierta la puerta, dije.

—Juraría que no, repuso. Cerré la puerta ayer como siempre, después de enseñar á ustedes las arcas. Aquí tengo la llave.



LA LLAVE

A, una parte del cañón mostrando la forma del engranaje.

—Permítame que la vea, añadí.

Me la entregó y me puse á examinarla á la luz.

—¡Mire usted, mire usted, Carlton! grité después de un momento. Esta no es la verdadera llave, alguien la ha cambiado. Usted creyó que cerraba la puerta, pero no fué así; esa infame se ha burlado de usted. ¿Ha visto alguna vez llave como esta?

Cogí las guardas de la llave entre el pulgar y el índice y

movi el cañón de izquierda á derecha; el cañón giraba dentro de las guardas en una especie de engranaje oculto.

—Se puede abrir la puerta con esta llave, dije, pero no cerrarla. Fijese en esto, Carlton.



HAY POCAS MUJERES TAN FELICES COMO YO

Introduje la llave en la cerradura y sonaron los timbres.

—El cañón, dije, gira, pero las guardas de la cerraja no, y la resistencia del engranaje hace creer que se está cerrando la puerta. Así que ayer mañana, cuando creyó usted que la cerraba, en realidad la dejó abierta. Nadie más que esa infame mujer podía haber ideado tan diabólica idea. Para ella sería bien fácil sustituir la verdadera llave por otra.

—Vaya, Head, ya te has molestado bastante, dijo Dufrayer. Vuelve á tu cuarto, pues de otra manera Madame verá satisfecho su más vivo deseo, que es el de que pierdas la vida.

Subí con Dufrayer. Después de un rato me vestí y en seguida nos reunimos con los demás convidados en un gabinete.

En todos los semblantes se retrataba la más viva ansiedad. Mrs. Carlton se hallaba de pie al lado de uno de los balcones abiertos. Tenía trazas de haber llorado mucho, pero vi con sorpresa una mirada de alegría y de satisfacción en sus ojos.

—Quisiera hablar un momento con usted, Head, me dijo.

Salimos juntos al jardín y se volvió á mi exclamando:

—En este instante hay en el mundo pocas mujeres tan felices como yo, aunque, como es natural, siento mucho la pérdida del brillante. Mi doncella me entregó esta mañana una carta de Madame, en la cual confiesa que es cierta la muerte del conde de Porcelli y que el dinero que me fué exigiendo era para ella.

Iba á contestar; Dufrayer se acercó apresuradamente.

—Los *detectives* han llegado, dijo, y necesitan que vayas en seguida.

Fuí con él al despacho de Carlton, y allí estaban ya Tyler y Ford, los cuales acababan de examinar la llave falsa.

—Ha escapado, sí, exclamó Tyler, pero ahora ya la cogemos, no hay cuidado. Por fin tenemos la prueba que tanta falta nos hacía. Es verdad que ha logrado escapar; pero al fin, sí, al fin podremos perseguirla libremente.

L. J. Meade y Roberto Eustace.





Hojas del diario *del Doctor Moreno*



Diez años olvidados.

En el mes de abril del año 1890 me avisaron para que acudiese á una consulta con D. Eusebio Miravalles á la calle de Fernando V. Se trataba entonces de un caso grave de fiebre tifoidea, al que no di importancia ninguna; pero los sucesos que ocurrieron después á consecuencia de la enfermedad me llamaron extraordinariamente la atención. Tanto fué así, que anoté aquel caso como el más singular de todos cuantos se me han presentado durante el ejercicio de mi profesión de médico.

El paciente era un abogado joven, casado, con tres hijos. Doña Matilde, su esposa, era pequeña, muy bonita, pero sumamente nerviosa. El día en que fui á ver á su marido no pude menos de fijarme en la intranquilidad y el desasosiego que se destacaban en sus ojos y cómo movía silenciosamente los labios al escuchar mis palabras.

El enfermo estaba grave, pero sin embargo no me pareció que corría peligro su vida, y con gran satisfacción se lo hice comprender así á su mujer.

Volví á ver á Fermín Cavia al final de la semana. Le encontré mucho mejor, y entonces pude asegurar que el peligro había desaparecido por completo.

Representaba D. Fermín unos treinta y tres años de edad; era alto, delgado, con ojos hundidos, muy negros, y frente ancha. Me he fijado muchas veces en que la forma particular de su cabeza es muy común entre los hombres dedicados al estudio de las leyes. El médico de cabecera me dijo que era abogado, y fácilmente pude comprender que sería elocuente en las defensas á él encomendadas. No volví á visitarle, porque habiéndome encontrado casualmente un día con Miravalles me dijo éste que iba restableciéndose casi mejor de lo que podía haberse esperado. En vista de esto olvidé el caso como uno de tantos, hasta que el siguiente incidente me lo trajo de nuevo á la memoria.

Regresé á mi casa cierta tarde á comer, dispuesto á salir en seguida á visitar á un enfermo muy grave, cuando me dijo Juan que una señora me esperaba en el gabinete de consulta.

—¿No la dijo usted que no recibo visitas á estas horas?

—Sí, señor, respondió el criado, pero no quiso marcharse. Dijo que esperaría hasta que pudiera usted atenderla, porque á todo trance necesita hablar con el doctor esta tarde.

—Más vale que vaya á ver lo que quiere, murmuré para mis adentros.

Tenía algunos casos graves á que atender y me causaba enojo que me entretuvieran en aquel momento; así que entré en el gabinete de bastante mal humor.

Una mujer pequeña y delgadita estaba sentada de espaldas á la puerta. Se levantó apresuradamente en cuanto me oyó, y vi con sorpresa que era doña Matilde, la esposa del abogado.

—¡Gracias á Dios, exclamó, que ha podido usted venir! Le he esperado, doctor, porque estoy muy disgustada con lo que ocurre con mi pobre marido.

—¿Su marido? dije. ¡Pues si me aseguró Miravalles que se había restablecido perfectamente! Añadió que, para que acabara de curarse, le había recomendado que fuera á un puerto de mar por unos días, y que creía que después de hacerlo así podría reanudar sus trabajos.

—Así fué, replicó la señora; la convalecencia de mi esposo fué muy breve. He oído decir que, después de una enfermedad como la suya, el paciente tarda mucho tiempo generalmente en recobrar la salud, pero no ha sucedido así con Fermín. Después que pasó lo peor parecía mejorar por momentos. Hace quince días le dijo D. Eusebio que necesitaba salir de Madrid para mudar de aires, y que lo más conveniente sería que nos trasladásemos por una temporada á un puerto de mar. Pensamos ir á San Sebastián, y escribí á una fonda para que me reservaran habitaciones; pero Fermín cambió de idea y me dijo que más quería ir á Valladolid, donde podría visitar á unos amigos de colegio. Efectivamente, fuimos á Valladolid, dejando á los niños en casa, y pasamos unos días agradabilísimos. El martes por la mañana recibí una carta, en la que me comunicaban que la niña mayor había enfermado. Tomé el primer tren y vine á Madrid; pero viendo que no era más que un sencillo enfriamiento lo que tenía la niña, regresé al día siguiente al lado de mi esposo.

Al llegar aquí doña Matilde se detuvo y oprimió el corazón con las dos manos. Su semblante, que hasta entonces había estado pálido, tornóse casi lívido. Se levantó de la silla sin poder disimular la terrible agitación de que era presa, y continuó como si quisiera dar más expresión á sus palabras:

—Cuando llegué á la casa donde nos hospedamos supe que mi esposo había salido de Valladolid en el expreso de la mañana. La noticia me sorprendió mucho, pero no le di grande importancia al principio. Sin embargo, creí notar algo misterioso en la cara de la dueña de la casa y comprendí que tenía algo más que decir. Entramos en el gabinete donde Fermín y yo habíamos pasado horas tan felices y empecé por manifestar:

—Supongo que mi esposo estaría intranquilo hasta saber cómo se hallaba la niña y habrá regresado á Madrid. Sin duda que nos habremos cruzado en el camino.

—Señora, dijo la mujer gravemente, no creo que D. Fermín haya ido á Madrid.

—¿Cómo que no?

—Verá usted lo que sucedió esta mañana: vine, como de

costumbre, á servir el desayuno á las ocho. Cuando entré, su esposo estaba al lado del balcón y me dijo:

—Tráigame usted la cuenta. Salgo en el expreso y voy á preparar la maleta.

Salía del gabinete para extender la cuenta, cuando me detuvo diciendo con voz severa y fría:

—¿Quién ha traído estas cosas á mi cuarto? Retírelas usted ahora mismo.

—¿Qué cosas, señor? pregunté.

—Esos objetos de mujer; esa labor y esa toquilla blanca.

—Señor, dije mirándole con sorpresa, son de su esposa.

—Sepa usted, agregé lanzándome una mirada furiosa, que no me hacen gracia estas bromitas. Parece mentira que salga de sus labios semejante disparate. Demasiado sabe usted que yo no tengo mujer.

Y sin más se marchó á su alcoba, cerrando violentamente la puerta.

Media hora después pagó la cuenta, mandó venir un coche y marchó, llevándose todo su equipaje. D. Fermín parecía hallarse tranquilo, pero cuantas veces intentó hablarle de usted se ponía furioso. Si he de decir la verdad, no me gustó nada aquella manera de conducirse.

—Escuché á la mujer, continuó doña Matilde, con increíble asombro; me parecía un sueño todo aquello. Miré por el gabinete buscando la confirmación de sus palabras, y efectivamente mi marido se había llevado todas sus cosas; pero mi sombrero y dos ó tres ropitas que estaba yo cosiendo para los niños, los vi recogidos en un rincón. Pasé á la alcoba, y allí también mi ropa estaba arrinconada, como si hubiese sido arrojada á un lado con desprecio. Cuando yo, en la situación que es de suponer, estaba haciendo mil conjeturas acerca de lo ocurrido, entró la dueña de la casa diciendo:

—Traigo esta carta que he encontrado sobre la mesa, señora; tal vez el señor se olvidaría de ponerla en el correo.

—Aquí está, D. Arturo; léala usted, que acaso nos ayude á descifrar este horrible misterio.

Tomé la carta y leí lo siguiente:

«Muy señor mío y de mi mayor respeto: He sentido muchísi-

mo no haber visto á usted ayer cuando fuí á despedirme. Aprovecho esta ocasión para darle las más sinceras gracias por su excesiva amabilidad conmigo durante el tiempo de mis estudios. Salgo de Valladolid por el primer tren de la mañana; de lo contrario, hubiera vuelto hoy á su casa para despedirme en persona. Sin embargo, espero tener el gusto de visitarle la primera vez que pase por Valladolid. Mientras tanto, disponga usted como quiera de s. s. y affmo. discípulo, *Fermín Cavia*».

Volví á leer la carta y se la entregué á la señora sin hacer ninguna observación.

—¿Quiere usted poner otro sobre y enviarla á su dueño? dije después de unos instantes.

—Eso es imposible, doctor, replicó en voz baja y trémula. La carta va dirigida á un muerto. Hace algunos años que murió D. Juan Echévarri, el antiguo catedrático de mi esposo. Fermín lo sintió mucho, y con frecuencia me habló del interés personal que D. Juan le demostró mientras estuvo estudiando. ¿No me dice usted nada de la carta?

—Luego le diré. La carta, sin duda ninguna, nos ayudará mucho en nuestras pesquisas; pero ahora prosigamos. ¿No tiene usted más que exponer?

—Sí. Después de enterarme de la carta puse un telegrama urgente á casa preguntando si había llegado Fermín. La contestación no se hizo esperar mucho. Decía que no estaba ni se tenían noticias suyas. Regresé á Madrid lo más pronto que pude, con la esperanza de que mi esposo habría llegado antes que yo, pero no hay tal cosa. Miravalles está fuera y he venido directamente á ver á usted. ¿Puede ayudarme ó aconsejarme qué debo hacer, D. Arturo?

—La ayudaré, sí, señora. Es verdaderamente muy raro el proceder de su esposo. Ciertamente que tengo mucho trabajo estos días, pero me arreglaré de modo que pueda ponerme á la disposición de usted dentro de un rato. Espéreme aquí, y sobre todo procure tranquilizarse; no tardaré mucho en volver.

La pobre señora se sentó en una butaca. Temblaba mucho y comprendí que tenía los nervios completamente trastornados. Llamé á Juan, y diciéndole que la llevase algo para tomar, me puse el sombrero y salí de casa. Tomé el coche y fuí á ver al

enfermo más grave, que afortunadamente vivía cerca. Luego pasé á ver á un amigo médico y compañero de colegio; le rogué que atendiera á mis enfermos por un par de días y regresé á mi casa, donde encontré á doña Matilde llorando amargamente.

—¡Vaya, vaya! la dije, con eso nada conseguimos. Tome usted estos bizcochos y esta copita; tranquilícese, y á ver si encontramos á su esposo.

Bebió la copita de Jerez que la ofrecí y me contestó:

—¡Dios mío, Dios mío! no se ocupe usted de mí. Lo que yo quiero es que me diga lo que opina acerca de cuanto acabo de referirle. No me explico, no puedo comprender la extraña conducta de mi esposo.

—La única explicación que yo hallo, doña Matilde, es que las facultades mentales de su esposo se han trastornado por completo. La fiebre tifoidea es una enfermedad grave y temible, y D. Fermín estuvo muy mal. Su aparente y breve convalecencia le haría tal vez hacer más que lo que buenamente podía, más que lo que le permitían sus fuerzas. Si fuera así, podrían sobrevenir varias y extraordinarias complicaciones. Cuando le haya visto podré decirlo con seguridad. Lo que debemos procurar ante todo es encontrarle; pero antes de comenzar nuestras pesquisas necesito hacer á usted algunas preguntas. ¿Qué edad tiene su esposo?

—Treinta y tres años.

—Estudió la carrera en Valladolid, ¿no es cierto?

—Sí, hace ahora diez años que la terminó. Durante los días que estuvimos allí habló mucho de lo que hacía cuando era estudiante. Estuvo muy alegre, muy contento, dió largos paseos y visitó á muchos condiscípulos, aunque desgraciadamente se encontró con que algunos se habían ausentado y otros habían muerto. Cuando supo que uno á quien estimaba muchísimo, llamado Eulogio Royo, había fallecido también, se afectó mucho y aquella noche estuvo triste y muy abatido.

—¿Quién le informó de la muerte de ese señor Royo?

—Un antiguo catedrático. Después, cuando regresamos á la casa donde estábamos hospedados, me habló mucho de Royo y de un viaje que hicieron á San Sebastián después de los exámenes.

—¿Recuerda usted algún detalle de aquel viaje?

—Solamente recuerdo que habían quedado citados para encontrarse en San Sebastian cierto día, y que Fermín llegó un día antes y tuvo que esperar á su amigo.

Medité profundamente el caso, que me parecía extraordinario, y lo que más me chocaba no era precisamente que la imaginación de Cavia se hubiera extraviado, sino la extraña forma que había tomado su locura. Una de dos: ó había sentido de repente un odio profundo hacia su esposa ó había olvidado su existencia.

Después de un rato hice otras preguntas á doña Matilde.

—¿Notó usted algo de particular en la conducta de su esposo durante los últimos días que estuvo con usted?

—Nada absolutamente. Fermín estuvo cariñoso y amable. Pasó pronto la tristeza causada por la noticia de la muerte de su amigo Royo y habló alegremente de sus asuntos, diciendo, entre otras cosas, que se consideraba muy dichoso al poder reanudar sus trabajos tan pronto, dada la importancia de la enfermedad que había padecido. Por el correo de la noche recibí una carta que le animó mucho. Era de un amigo íntimo, el cual le ofrecía la defensa en un proceso grave. Mi esposo se puso contentísimo, porque vió que podía ganar bastante dinero. A la mañana siguiente recibí la noticia de que Merceditas estaba enferma y me vine á Madrid. Fermín quiso acompañarme, pero creyendo que no estaba bien restablecido pude disuadirle. Entonces me hizo prometer que volvería lo más pronto posible.

—Una pregunta más, doña Matilde. ¿Cuánto tiempo hace que se casaron ustedes?

—Seis años.

—¿Y cuántos tiene la niña mayor?

—Cumplirá cinco el año próximo.

—¿Usted ha visto alguna vez á Eulogio Royo?

—Nunca, aunque he oído á Fermín nombrarle, pero jamás tanto como en estos últimos días. Como siempre estaba ocupadísimo en sus trabajos, no hablaba mucho de los tiempos pasados.

—Y cuando le conoció usted por primera vez, ¿conoció también á alguno de sus discípulos?

—A ninguno. Hacía más de tres años que se había establecido en Madrid.

—Gracias, dije, no necesito saber más.

—Pero ¿qué hacer? preguntó con ansiedad doña Matilde. Imposible permanecer aquí parados mientras mi esposo anda por ahí errante. Quizás para estas horas...

No pudo terminar la frase.

—Pierda usted cuidado, repuse; no ha sucedido lo que teme; esto se lo aseguro. En vista de cuanto acaba de decirme, estoy en la creencia de que su esposo se halla en este momento en San Sebastián.

—¿Cómo puede ser eso?

—Quiero decir que cabe en la posibilidad el que haya ido allá á unirse con su amigo Eulogio Royo.

Cuando dije esto me miró doña Matilde como si creyese que yo también había perdido el juicio. Sin hacer caso de su expresiva mirada, continué:

—Estoy resuelto á salir para San Sebastián en el expreso de esta noche. ¿Quiere usted acompañarme?

—Creo que lo que haremos será perder el tiempo.

—No opino yo así. A pesar de la robusta constitución de su esposo es indudable que aun estaba muy débil. Por lo que me dice usted, es evidente que hizo más esfuerzos de los convenientes durante los días de su estancia en Valladolid, con lo que fatigó el cuerpo, debilitado de antemano por una larga y penosa enfermedad. Ya sabe usted que, del cuerpo humano, el cerebro es lo que más fácilmente se descompone. Don Fermín cansó el cuerpo y exaltó la imaginación demasiado con los recuerdos que despierta en el hombre la visita de aquellos sitios donde contrajo amistades desvanecidas por el tiempo. ¿No ha dicho usted que le afectó mucho la noticia de la muerte de su amigo?

—Sí, muchísimo; tanto que llegué á temer un retroceso en la convalecencia.

—Lo cual prueba que tengo razón al pensar como pienso, ó sea que las facultades mentales de su esposo, debilitadas por la enfermedad, se trastornaron por completo. Bien sabido es que la locura se presenta bajo distintas é inesperadas formas. Opino

que en el caso de su marido le ha hecho olvidar los últimos años de su vida, de manera que cree que todavía es estudiante. Lo demuestra así, entre otras cosas, la carta dirigida al catedrático de la Universidad muerto hace tiempo, y lo confirma la extraña conducta observada con usted. Estoy seguro de que tengo razón en lo que pienso; tan seguro que, como dije antes, creo que lo primero que debemos hacer es salir para San Sebastián esta misma noche á buscarle. Ahora usted dirá si quiere venir conmigo ó desea que vaya yo solo.

—Iré con usted.

Se levantó en seguida y empezó á ponerse los guantes. Era el día 24 de junio y hacía un calor excesivo, impropio todavía de la estación.

Durante el viaje, que lo emprendimos al anochecer, la pobre señora apenas habló una palabra; parecía una estatua. Comprendí que estaba atolondrada con el disgusto, y llegué á temer que, si duraba mucho aquella horrible incertidumbre, sería necesario cuidar de ella como de su esposo. No pude conseguir que durmiera un instante.

Al bajar del coche en la estación de San Sebastián me preguntó muy agitada:

—Y ahora, doctor, ¿qué piensa usted hacer?

—Ante todo, dígame si presume á qué hotel habrá podido ir su esposo.

—A uno de los mejores, seguramente.

—Bien; pues empezaremos por el de Ezcurra y seguiremos por los demás, hasta que consigamos encontrarle.

—Como usted quiera.

Una simple ojeada me bastó para comprender que hasta entonces no había logrado inspirarla confianza en cuanto al éxito de nuestro viaje.

Nos dirigimos al hotel Ezcurra, pero en vano. Allí no estaba ni había estado D. Fermín.

Al salir del hotel vi tan desencajada á doña Matilde que insistí en llevarla á almorzar antes de que diéramos otro paso.

Entramos en el restaurant más cercano, almorzamos de prisa y salimos en seguida para el hotel Continental.

—¡Dios mío! exclamó en el camino doña Matilde; si ver-

daderamente ha perdido el juicio mi esposo, estamos arruinados.

—¿No tiene usted otros medios de vida?

—Ninguno más que el trabajo de mi esposo.

—Y en el caso de que su esposo no pudiera trabajar en una temporada, ¿no tienen ustedes algún pariente, algún amigo que les proteja?

—Nadie, respondió moviendo tristemente la cabeza. Cierto que el padre de Fermín vive todavía, pero es muy anciano y tiene pocos bienes de fortuna.

Suspiró profundamente y continuó con una sencillez que me impresionó mucho:

—Aun en estos momentos tan terribles no puedo menos de pensar en los niños. ¿Qué será de ellos si nuestros temores se realizan!

—Hay que tener esperanza, doña Matilde, dije. Primero es necesario encontrar á su esposo; después pensaremos lo que habrá que hacer.

—¿Pero será posible hacer algo, doctor?

—Lo veremos.

Llegamos al hotel y recibimos la misma contestación que en el de Ezcurra. Doña Matilde se desanimó más y más, pero sin embargo se dejó conducir al hotel de Londres sin pronunciar una palabra. Allí nos esperaban mejores noticias.

—¿Un caballero alto, moreno, algo caído de hombros, nos dijo el administrador, y que usa lentes?

—A veces, siempre no, respondió la señora.

—¿Tiene la costumbre de ponérselos cuando hace una pregunta?

—¡Sí, sí! ¿Será verdad ¡Dios mío! que está aquí? ¿Tendrá usted razón, doctor?

—El caballero cuyas señas coinciden con las que usted me da, añadió el administrador del hotel, ocupa la habitación número 51. ¿Quiere usted que se le avise que está usted aquí?

—No, no; yo subiré sin que nadie le diga nada. ¿Tiene usted la bondad de acompañarme, doctor?

Subimos y la criada nos enseñó el núm. 51. Estaba cerrada la puerta, pero un momento después que llamamos se sintieron

pasos en la habitación y el mismo Cavia se presentó ante nosotros. Doña Matilde se acercó á él queriendo abrazarle, pero Cavia se retiró con extrañeza que comprendí no era fingida.

—¿A qué debo el honor de esta inexplicable visita? preguntó de muy mal talante.

—Fermín, ¿no me conoces? dijo sollozando la pobre señora; soy yo, soy tu mujer.

—Sin duda ha perdido usted el juicio, señora, contestó Cavia dirigiéndola una mirada de disgusto. No tengo el honor de conocer á esta señora, añadió hablándome á mí con frialdad.

—¡Que no me conoces, Fermín! ¡Ay, Dios mío, no digas eso! Soy Matilde, tu esposa, la madre de tus hijos. ¿No te acuerdas de tus hijos, Fermín? ¿No te acuerdas de Mercedesitas, á quien tanto quieres? Mirame bien, fíjate en mí, esposo mío; soy tu mujer, que te ama con toda su alma.

Hasta aquel momento doña Matilde había permanecido bastante tranquila, á pesar de su sufrimiento; pero ya no pudo más, y llena de desesperación comenzó á llorar amargamente.

Muchos cuadros tristes he presenciado en mi vida, pero no recuerdo haber visto tristeza mayor ni más profunda que la retratada en el rostro de aquella desdichada mujer. Tan abstraída estaba con el empeño de conseguir que su marido la reconociera, que olvidó por completo mi presencia y la de la criada del hotel, quien, picada de la curiosidad, se había detenido en la puerta.

—Fermín, continuó, acercándose á su marido y hablando con acento desgarrador, ¿es posible que me hayas olvidado? Repito que soy tu esposa; hace seis años que nos casamos.

—¡Qué disparate, señora! exclamó Cavia lanzando una horrible carcajada. Hace seis años no había yo salido de la Universidad, y como ahora tengo veintitrés, quiere decir que me casé á los diez y siete. ¡Ja, ja!

—Fermín, querido mío, ¿pero de veras no me conoces?

Las lágrimas corrían copiosamente de sus ojos. Cayó de rodillas y cogiendo una de las manos de Cavia trató de llevársela á los labios. Su actitud suplicante, sus lágrimas, sus cariñosos ruegos, todo inútil.

—Levántese, gritó furioso su marido, eso es un atropello. Se

han equivocado si creen que han de sacar algo de mí. Señora, tenga usted la bondad de salir de mi cuarto inmediatamente; ni siquiera sé cómo se llama. Caballero, añadió dirigiéndose á mí, llévase usted á esta señora.

Doña Matilde se puso de pie; aquellas palabras la hirieron vivamente. Se dirigió á la puerta, pero antes de llegar á ella sufrió una especie de desvanecimiento é indudablemente hubiera caído si no acudo para sentarla en una silla.

—Todo esto no es más que un plan diabólico para perder á un hombre honrado, dijo Cavia. Caballero, ¿me hace usted el favor de su nombre?

—Moreno, contesté; soy médico y asistí á usted en su última enfermedad, en consulta con Miravalles.

—Pero ¿qué es esto, cielos? ¿Si jamás estuve enfermo yo! ¿Se han propuesto ustedes volverme loco?

—Doña Matilde, dije, más vale que dejemos por ahora á su esposo; yo hablaré...

—Prohibo que se diga que soy esposo de esa mujer, interrumpió Cavia lleno de furia. Ni la he visto nunca ni soy casado. ¡Ah! añadió dirigiéndose á la criada, hágame usted el obsequio de decir al administrador que suba á mi cuarto en seguida. No, no, no se retiren ustedes hasta que haya hablado con él.

Cavia arrojó con rabia y despecho el libro que hasta entonces había tenido en la mano, y esperó con impaciencia la llegada del administrador. Pocos minutos después sentimos ruido de puertas que se abrían y se cerraban, seguido de pasos que subían la escalera. La criada había, sin duda, esparcido la noticia de aquella escena, y la gente, atraída por la curiosidad, se acercaba á presenciirla. Me acerqué á la puerta y la cerré.

—¿Para qué cierra usted la puerta? preguntó Cavia encolezado.

—No hable usted tan fuerte, contesté en el mismo tono. ¿Quiere que todo el mundo se entere de sus cosas?

No me replicó, y un momento después entró el administrador. Un poco alarmado venía y preguntó para qué se le había llamado.

—Le he llamado á usted, respondió Cavia, para que eche

el hotel á esta gente. Han entrado en mi cuarto sin permiso y hablando de cosas que no existen ni han existido nunca. Esta señora, á quien no he visto en mi vida, tiene la osadía de decir que soy su esposo. Quiero que sepa usted que no es cierto, y que tanto ella como el señor que la acompaña mienten al decir que yo les conozco. Si desea usted que el hotel conserve su buena fama haga que se vayan en seguida.

El administrador, como es natural, no sabía lo que debía hacer; la infeliz señora me miró como pidiendo protección, y yo, comprendiendo que, para una persona que no estuviera en antecedentes, Cavia tenía que aparecer como hombre de juicio, le dije al administrador:

—Vámonos de aquí; ya le explicaré á usted lo que pasa. Doña Matilde, añadí ofreciéndola mi brazo para que se apoyara. venga usted.

El disgusto la hacía sufrir horriblemente, y temblaba tanto que apenas podía tenerse en pie.

En cuanto salimos del cuarto lo cerró Cavia con llave.

—Ese desdichado caballero, le dije al administrador, está loco. Es necesario vigilarle y no permitir que salga del hotel sin que alguien le acompañe.

—Me extrañan mucho sus palabras, contestó, y ya comprenderá usted que necesito alguna prueba para asegurarme de que tiene razón. Ese caballero estuvo muy formal y muy juicioso antes de venir ustedes; no dió señales, ni mucho menos, de estar loco, y sobre todo, yo creo que, estuviese ó no estuviese loco, siempre conocería á su esposa.

—Llévenos á una habitación retirada, añadí, y allí se lo explicaré á usted todo.

Así lo hizo.

—Bajo mi responsabilidad, le dije, va usted á destinar algún criado para que vigile al Sr. Cavia. Soy médico bien conocido en Madrid; ahí tiene usted mi tarjeta, y le suplico que atienda usted mis órdenes. Ese caballero está loco y hay que observarle.

—Bueno, bueno; si se empeña usted... contestó el hombre con algo más de cortesía. Mandaré al portero que lo vigile.

Nos dejó solos y volvió á los pocos minutos.

—Y ahora, caballero, agradecería me explicase usted lo que está pasando, porque es muy raro verdaderamente.

—Lo es, repliqué, y al mismo tiempo muy triste. El caballero á quien acabamos de dejar se ha vuelto loco. Estaba restableciéndose de unas fiebres tifoideas muy graves, y hasta el martes último parecía que la convalecencia era segura. Hacía unos quince días que con su señora salió de Madrid para cambiar de aires, y accediendo á sus deseos fueron á Valladolid. Hallándose en aquella capital recibió doña Matilde una carta, en la que le decían que la niña (había dejado dos hijos en Madrid) estaba enferma. Inmediatamente marchó, con intención de regresar en cuanto la niña mejorase. Viendo que su hija no ofrecía peligro ninguno regresó al siguiente día, pero no encontró á su esposo; éste había desaparecido. Presumimos que había venido á San Sebastián, y aquí venimos también nosotros en su busca.

—Ahora recuerdo perfectamente, dijo el administrador, que el caballero llegó al hotel ayer por la mañana. Pidió una buena habitación y advirtió que hoy necesitaría otra para un amigo.

—¿Indicó el nombre del amigo á quien esperaba?

—Sí, señor; dejó recado en la oficina para que en cuanto llegara Eulogio Royo se le pasara á su cuarto.

—Eulogio Royo ha muerto, observó doña Matilde rompiendo su silencio.

—¿Ha muerto? exclamó el administrador. Habrá sido repentinamente. ¿Lo sabe ya el Sr. Cavia?

—Hace diez años que murió, contestó doña Matilde. Era muy amigo de mi esposo, y estuvieron juntos aquí después de terminar la carrera.

—¿Conserva usted los libros de hace diez años? pregunté.

—Sí, señor.

—Pues tenga usted la bondad de examinarlos. Es necesario y conveniente para todos que probemos la certeza de las palabras de esta señora. ¿Sabe usted, doña Matilde, en qué mes estuvieron aquí?

—Después de los exámenes. Creo que sería á últimos de junio ó á principios de julio.

—Junio de 1880, observó el administrador, el cual estaba

impresionado y se interesaba mucho en el asunto. Bajaré ahora mismo á examinar los libros, continuó.

Marchó de la habitación y tardó unos diez minutos en volver.

—Tiene razón la señora, dijo, aunque no acabo de comprender lo que está ocurriendo. Examiné los libros de junio de 1880, y allí encontré los dos nombres, Fermín Cavia y Eulogio Royo. El Sr. Cavia ocupó la habitación número 25 y el Sr. Royo la número 26. Y ahora, ¿qué significa todo esto?

—Significa, dije, que D. Fermín ha olvidado diez años de su vida; en una palabra, que está loco y es necesario vigilarle con cuidado. Comeremos aquí, y si tiene usted habitaciones disponibles nos quedaremos hasta mañana.

El administrador condujo á doña Matilde á una habitación del piso superior y yo ocupé el cuarto siguiente al de Cavia, que se hallaba libre por casualidad.

Trancurrió sin novedad la noche, durante la cual no se movió Cavia de su cuarto, pero yo no pude conciliar el sueño. Aparte de la compasión que me inspiraba doña Matilde, el caso era interesante y había que buscar una solución.

A las ocho bajé al comedor y allí encontré á doña Matilde. Una ojeada bastó para comprender cuánto había sufrido.

—He meditado detenidamente, la dije sin preámbulos, acerca de la enfermedad de su esposo, y no me cabe duda alguna de lo que ha sucedido. Por alguna causa extraordinaria D. Fermín ha olvidado los diez últimos años de su vida. Su memoria ha vuelto al tiempo de la terminación de su carrera. Recuerda haber venido á San Sebastián y ahora cree que está esperando á su amigo Royo. Si recobrará ó no los diez años perdidos es imposible asegurarlo. Lo que yo aconsejo es lo siguiente: que venga alguna persona que en aquella época le tratase con intimidad y que le diga francamente lo que ha ocurrido. ¿Le convencerá esa persona? Me inclino á creer que sí, pero no puedo asegurarlo, claro está. De todos modos, es lo único que se puede hacer. ¿Conoce usted algún amigo que le tratara hace diez años?

—Amigo, no; pero su padre...

—Es verdad; ninguno mejor.

—Fermín le ha querido siempre muchísimo.

—¿Vive muy lejos de aquí?

—Vive en Vitoria. Se le puede poner un telegrama y estoy segura de que vendrá en seguida.

Me dió las señas y puse el telegrama inmediatamente. Poco tiempo después estábamos doña Matilde y yo hablando en un extremo del comedor, cuando entró Cavia. Nos miró fijamente, pero no dió ninguna señal de habernos conocido. Fué á sentarse á una de las mesitas y pidió el almuerzo. Indiqué á su esposa que no le hiciera caso, y aunque se volvió más pálida que nunca y estaba agitatísima tuvo suficiente valor para seguir mi consejo. Sentándonos á una mesa no muy lejos de la suya almorzamos juntos. Doña Matilde se colocó de espaldas á su marido, pero yo, de frente, le observaba con la mayor atención. Pidió un periódico y se puso á leer. Fijándome bien en su semblante vi que la lectura le extrañaba mucho. Se pasó la mano por la frente, se quitó los lentes, los limpió con el pañuelo y acabó por arrojar el periódico con un gesto de impaciencia.

En aquel momento un mozo me entregó un telegrama. Lo abrí y me encontré con que era de uno de mis pacientes, y tan urgente que no tenía más remedio que marchar á Madrid tan pronto como me fuera posible. Referí á doña Matilde lo que ocurría; la dije cuánto sentía tener que dejarla sola en tan tristes circunstancias, y la aseguré que no esperaba novedad en la situación de su esposo, aconsejándola que no intentara hablar con él y que esperase con paciencia la llegada de su suegro.

Hablé después con el administrador, á quien supliqué que, si ocurría algún cambio, me avisara por telégrafo en seguida, y me despedí, saliendo para Madrid en el tren de las once.

Encontré muy grave al enfermo que me había avisado y pasé una parte del día con él. Después visité á mis demás pacientes, y cuando por la noche regresé á mi casa me encontré con un telegrama de doña Matilde diciéndome que su suegro había llegado y que Cavia le recibió cariñosamente. Por lo demás no había novedad. Contesté á la mañana siguiente manifestando que me sería imposible salir de Madrid aquel día, pero que, si era necesario, procuraría ir á San Sebastián la noche después.

Al otro día acababa de tomar el desayuno cuando el criado me anunció una visita. Leí la tarjeta que me presentaba, y con asombro indescriptible vi en ella el nombre de Fermín Cavia.

—¿A dónde ha pasado usted á ese caballero? pregunté á Juan.

—Al gabinete de consulta, señor.

—¿Qué señas tiene?

—Es alto, delgado y representa unos cuarenta años de edad. Para preguntarme si estaba el señor en casa se puso los lentes.

—¿Qué habrá sucedido? iba yo pensando lleno de extrañeza al dirigirme al gabinete.

—Ante todo, doctor, comenzó diciendo Cavia, he de rogar á usted que me dispense la manera tan brusca con que le traté anteayer. Creo que me perdonará usted teniendo en cuenta...

—Mil veces, amigo Cavia, le interrumpí con la mayor sinceridad. No puede usted imaginarse cuánto me alegro de que haya recobrado la memoria. Le felicito de todo corazón.

—Pues no hay de qué, doctor, contestó con infinita tristeza. No he recobrado la memoria ni mucho menos. En este momento soy un hombre que vive por la fe.

—¿Cómo, qué quiere usted decir con eso?

—Lo que usted ha oído, doctor: vivo por la fe. Mi padre, á quien he considerado siempre como uno de los mejores hombres, me ha hecho una revelación extraordinaria. Lo que él dice concuerda con lo que usted y... (aquí vaciló) y la señora que con usted vino me dijeron la otra noche. Creo á mi padre porque sé que es incapaz de decir lo que no siente, y por lo tanto le creo á usted también. Por mi parte, si alguien me pidiera que explicase lo que sé de mi vida, diría que en este momento tengo veintitrés años y que hace poco he terminado la carrera. Pienso establecerme en Madrid, pero antes me propongo pasar una temporada en San Sebastián con Eulogio Royo. Respecto de mi juventud, más bien de mi adolescencia, casi podría decir día por día todo lo que hice desde que fui niño. Mis primeros meses de colegio, y sobre todo el tiempo que pasé en la Universidad, los recuerdo perfectamente. Esa creo yo que es mi historia. Sin embargo, mi padre me dice que tengo otra posterior. Dice que soy casado y que tengo tres hijos; estoy establecido en Madrid, y hace seis años que vivo en la calle de Fernando V. Añade que acabo de restablecerme de una grave enfermedad de tifoideas, durante la cual me asistió usted en consulta con otro médico. De todo esto no recuerdo nada abso-

lutamente; pero mi padre me lo asegura, y porque es mi padre lo creo. La pobre joven que vino con usted, y á quien traté tan duramente, es en verdad mi esposa, aunque no recuerdo haberla visto nunca. ¿Cuándo y cómo me enamoré de ella? ¿Cuándo me casé? ¿Cómo se llama? No tengo la menor idea. En una palabra, que según afirma mi padre, de quien yo no puedo ni debo dudar, se han borrado de mi imaginación diez años de mi vida. ¿Es acaso que estoy loco?

—Loco precisamente no está usted, repliqué, pero no hay duda de que se ha trastornado un poco su cerebro.

—¡Cielos! exclamó Cavia levantándose de la silla y comenzando á dar vueltas por la habitación con terrible intranquilidad; ¡entonces es cierto que he perdido mi juventud! El poco sentido que me queda parece anularse al oír sus palabras, doctor. ¡Toda mi juventud ha pasado sin que yo me haya dado cuenta de ello! Tengo una esposa á quien no amo y unos hijos á quienes no conozco. De mi profesión no recuerdo nada, ni tampoco de los asuntos que me fueron confiados. ¡Vaya una situación la mía! Soy marido, soy padre y hombre de carrera y he olvidado por completo mi profesión... ¡Esto es horrible! ¿Qué va á ser de mí y de mi pobre familia? Doctor, ¡por Dios! añadió con profunda tristeza, ¿no puede usted hacer algo para devolverme los diez años perdidos? Estoy dispuesto á todo, á todo, con tal de curarme.

—Necesito pensarlo bien, dije, antes de dar una contestación definitiva. Creo que no necesito añadir que me interesa usted muchísimo, y que me alegro infinito de que haya venido á consultarme, porque si se hubiera usted negado á creer á su padre, nada hubiéramos podido hacer.

—Vivo por la fe únicamente; pero ¿qué opina usted de mí?

—Desde luego es un caso extraordinario. No hallo mejor manera de explicarlo que comparando el cerebro á un cilindro de fonógrafo. Las células de los nervios, que pueden contarse por miles de millares, representan el cilindro. Cuando se llevan ciertas sensaciones á esas células, quedan grabadas lo mismo que las impresiones del fonógrafo. A veces vuelven á repetirse después de mucho tiempo. *Usted ha perdido el cilindro de estos últimos diez años*, y lo que hay que hacer es procurar que lo

recobre. Pero antes de continuar, permítame que le dirija alguna pregunta. Dice que se siente como un joven de veintitrés años, lo cual parece indicar que disfruta de buena salud.

—Estoy completamente sano y fuerte, contestó Cavia. Claro está que la imaginación la tengo trastornada, pero no siento ningún dolor, aparte...

Calló bruscamente.

—Ese «aparte» con seguridad que significa algo. Tenga usted la bondad de decirme todo lo que sienta; hasta el detalle más pequeño es de importancia para mí.

—Noto en el antebrazo y en la mano derecha una especie de adormecimiento, pero es tan poca cosa que no merece la pena de mencionarlo. Me siento bien; enérgico, fuerte, ágil... en fin, lo mismo que un joven de veintitrés años.

Suspiró y volvió á sentarse, mirándome cara á cara.

—¿Cuál cree usted que es la causa de mi situación?

—La causa, contesté, puede ser ó que tiene usted cubierta alguna arteria ó la rotura de un pequeño vaso del cerebro. Gracias á los descubrimientos de hombres eminentes, que se han dedicado al estudio de la localización de las funciones cerebrales, presumo ya en qué parte del cerebro radica el mal.

—¿Cómo es posible eso? dijo Cavia mirándome con asombro.

—Usted mismo me lo ha indicado, continué sonriendo. Acaba de decirme que siente una torpeza en el antebrazo y la mano derecha, y sabemos que algunos de los más importantes centros cerebrales se hallan unidos á los nervios de dicho brazo. Puedo calcular, aunque es posible que me equivoque, el punto exacto donde tiene usted el mal. Claro está que será indispensable hacer algo para devolverle la memoria.

—Y sea lo que sea, usted se encargará de hacerlo, ¿no es así?

—Quisiera consultar antes con Olivos, especialista muy renombrado para las enfermedades del cerebro.

—Eso no puedo permitirlo, dijo Cavia levantándose. Tal vez ese señor declararía que no se puede hacer nada, que mi mal no tiene remedio, y entonces usted sentiría escrúpulos en exponer, hasta cierto punto, mi vida. No, no permito que consulte con nadie, quiero que lo haga usted solo. Ha adivinado ya la causa de mi mal y seguramente podrá curarme sin ayuda de

nadie. ¿Cree usted, doctor, que en esta situación aprecio la vida? Nada absolutamente. Me pongo en sus manos y le ruego haga por mí lo que pueda. Dice usted que tengo cubierta una arteria y un vaso roto; ¿puede usted hacer algo para quitar el estorbo? —Puedo hacer una operación que le explicaré luego, contesté. Comprendo que tiene usted valor, y no vacilo en decirle que es muy grave y que también es posible que me equivoque en cuanto al punto exacto donde está el mal.

—Pero también es posible que tenga razón y me arriesgaré. Quiero que me opere usted, sea lo que fuese.

—Consultaré con Olivos.

—Eso es imposible; quiero que me opere usted solo, aunque en la operación pierda la vida. ¿Puedo decir más?

—No por cierto, contesté con firmeza y mirándole fijamente.

La resignación y la paciencia estaban pintadas en su rostro.

—Me inclino á creer que saldré triunfante, añadí levantándome. Haré lo que usted desea y pondremos nuestra confianza en Dios para los resultados apetecidos, aunque la operación es grave. Queda probado que su constitución es fuerte; de modo que es probable que, con muchísimo cuidado, no peligre su vida. En este caso, y suponiendo que me equivoque, quedará usted lo mismo que está ahora; de lo contrario, recobrará usted los diez años perdidos. Con la operación que proyecto podré quitar el estorbo que impide la debida circulación de la sangre; en una palabra, podré restituir su cerebro al estado normal.

—Pues bien, estoy á su disposición. ¿Cuándo podrá operarme?

—Antes necesito hablar con su padre y su esposa.

—Telegrafiaré á mi padre y pueden estar aquí mañana á primera hora.

—Bien. Cuando lleguen, dígales usted lo que me propongo hacer. Y á propósito, la operación se verificará en mi clínica particular; ya sabe que esas cosas no pueden hacerse en casa.

—Como usted quiera, contestó Cavia resueltamente.

Poco después nos despedimos.

Por la tarde estuve en la clínica para dar las órdenes á fin de que todo estuviera dispuesto, y ya no había que esperar más que la llegada de los viajeros, los cuales, á la mañana siguiente, se presentaron en mi casa.

Doña Matilde estaba pálida y desencajada; parecía un cadáver.

—¡Ay, doctor! dijo cogiendo entre las suyas una de mis manos; se lo agradezco á usted con toda mi alma. Fermín me ha explicado lo que piensa hacer, y estoy conforme.

Su suegro me estrechó afectuosamente la mano, diciendo:

—He oído hablar de usted muchas veces, doctor. Tengo aquí en Madrid amigos que le aprecian. Pongo la vida de mi hijo en manos de usted con toda confianza, y creo que le curará.

—Me place que consientan ustedes, dije, pues de otro modo no hubiera operado al Sr. Cavia. Sin embargo, mi deber me manda declarar que la operación es muy grave.

—Quiere usted decir, murmuró doña Matilde con voz temblorosa, ¿que pudiera morir Fermín?

—Pudiera suceder, contesté.

—No creo que sucederá, doctor, añadió algo más animada. Mi corazón me dice que salvará usted á mi esposo y me lo devolverá tal y como era antes.

—No hay más que hablar, dije; puesto que ustedes consienten, le operaré esta tarde. ¿Dónde está ahora su esposo?

—Está en el hotel, no consintió en ir á casa.

—Pues yo le veré, y la operación, como he dicho, se verificará esta tarde en mi clínica particular.

A las cuatro fui á la clínica, donde ya me estaba esperando Cavia, el cual me recibió con una sonrisa animada.

—Vaya, ya está usted aquí, dijo, y aquí estoy también yo, confiando en Dios y en usted. Cuanto antes empiece tanto mejor.

Su valor me daba mayores alientos.

—Con la ayuda del Todopoderoso, repliqué, creo que podré curarle.

Hora y media más tarde salí de la sala de operaciones para ir á la de espera, donde me aguardaban la esposa y el padre, ansiosos de saber el resultado de mi trabajo.

—La operación ha terminado, dije, y el paciente duerme con tranquilidad. Cuando despierte habrá llegado el momento de saber si he conseguido algo ó no. ¿Tendrá usted valor, doña Matilde, para entrar en el cuarto conmigo? Quiero que, al abrir

los ojos, sea usted la primera persona á quien vea. Si la reconoce, habré triunfado.

Vi con sorpresa que retrocedía, y me dijo:

—¡Imposible, doctor, imposible! La impresión, en el peor de los casos, sería terrible; no podría soportarla.

—Entonces, ¿qué hemos de hacer? De cualquiera de los dos modos, Cavia conocerá á su padre. Es necesario que vea precisamente á usted.

—¿No sería lo mismo que fuese Merceditas? Su padre la idolatra. Estoy segura de que, si reconoce á la niña, el éxito habrá sido completo.

—Pues vayan ustedes á buscarla, contesté, á fin de que esté aquí en el momento preciso.

Salieron en busca de la niña, y yo volví á la cabecera del enfermo, el cual durmió con sueño tranquilo durante cuatro horas.

Serían las diez de la noche cuando comprendí que había llegado el momento de hacer la prueba. Entré en el despacho, donde hacía tiempo que esperaba doña Matilde con una preciosa criatura de cinco años, y cogiéndola en mis brazos la dije cariñosamente:

—Ven, ven, que voy á llevarte á donde está tu papá.

Cuando abrí la puerta de la alcoba, Cavia estaba despierto. Dejé en el suelo á la niña, la cual, fijando en mí sus hermosísimos ojos negros, me preguntó con cierta sorpresa:

—¿Está enfermo papá?

—Ve y háblale, á ver lo que te dice.

La niña corrió hacia la cama y preguntó con una voz dulcísima:

—¿Estás enfermo, papá?

—¡Hola, Merceditas, hija mía! exclamó el padre.

Tendió la mano, y la niña, tomándola entre las suyas, la cubrió de besos.

—Di á tu mamá que venga, preciosa, añadió Cavia.

¡Entonces comprendí que mi paciente había recobrado los diez años perdidos!



Un millonario del Cabo.



LOS GEMELOS DE BRILLANTES



AMOS á dar una vuelta por Suiza, dijo lady Vandrift. Y si conocieran ustedes á Amalia no se extrañarían de que efectivamente fuéramos á dar una vuelta por Suiza. La única persona que manda en sir Charles es su mujer, en la cual no manda nadie absolutamente.

Al principio tropezamos con algunas dificultades, porque la estación se hallaba ya bastante avanzada y no habíamos pedido habitaciones con anticipación; pero por fin todo se venció con la mágica llave de oro que abre todas las puertas, y quedamos bien alojados en el hotel más cómodo de Lucerna y de toda Europa, en el Schweitzerhof.

Fuimos los dos matrimonios: sir Charles y Amalia, Isabel y yo. Tomamos magníficas habitaciones en el piso principal, con preciosas vistas al lago de Lucerna, y como no nos daba la *chifladura* de trepar montes de grandes alturas y empinados flancos cubiertos eternamente de nieve, puedo asegurar que nos encontrábamos muy bien allí. Pasábamos la mayor parte del tiempo navegando por el lago en aquellos deliciosos vaporcillos, y si por casualidad determinamos algún día ascender hasta el pico de algún monte, elegíamos siempre el Righi ó el Pilatus, adonde un funicular se encargaba de subirnos sin que tuviéramos molestia ninguna.

En el hotel, como sucede siempre, todo el mundo se mostraba deseoso de ser muy amable con nosotros. Si se quiere saber cuánta amabilidad y cuánto cariño encierra el corazón humano no hay más que presentarse como célebre millonario, y pronto aprenderéis cosas que no sabíais antes.

A dondequiera que vaya Carlos se ve inmediatamente rodeado de personas cariñosas y desinteresadas, deseosas todas de conocer á tan distinguido personaje, y la mayor parte conocedoras de multitud de negocios excelentes y de objetos dignos de la caridad cristiana.

A mí, como cuñado y secretario particular suyo, me toca siempre rechazar sumamente agradecido los negocios excelentes y calmar los entusiasmos de los que se acuerdan de los objetos merecedores de la caridad cristiana. Como limosnero del archimillonario recurren á veces á mí, y en mi presencia cuentan historietas de «aquellos pobres maestros de escuela en el Sur» ó de las «pobres viudas de marinos en el Norte»; ya de los desgraciados poetas que se mueren de hambre por no poder vender sus inspirados trabajos, ó bien de los pintores jóvenes que sólo necesitan la protección de una persona conocida para que sus cuadros sean recibidos con entusiasmo en la Academia. Yo en tales casos sonrío, y dándome aires de sabio voy poco á poco desengañando á unos y á otros; pero nunca se me ocurre hablar de estas cosas á sir Charles, á no ser que, lo que rara vez sucede, crea á los que piden dignos verdaderamente de atención.

Desde la fecha de nuestra aventura en Niza con el adivino

Carlos vivió aún más prevenido que antes contra todo género de probables timadores.

Quiso la casualidad que frente á nosotros, en la *table d'hôte* del Schweitzerhof (es un capricho de Amalia eso de comer en la mesa redonda; dice que no le gusta comer en familia cuando estamos fuera de casa), que frente á nosotros se sentara un individuo de cara extravagante, pelo abundante y negro y ojos del mismo color, muy llamativos por las enormes cejas. Apenas me había yo fijado en aquel tipo; pero un joven pastor inglés, que se sentaba á mi lado, me llamó la atención un día, diciendo que el pelo de aquellas cejas parecía de cabra. Era muy simpático el joven pastor con su cara de niño, inocente y fresca. Hacía cosa de un mes que se había casado con una muchachita escocesa, que le acompañaba y que por cierto era encantadora. Hablaba el inglés con un acento delicioso y daba gusto oír una voz tan dulce.

Me fijé en las cejas de pelo de cabra y de repente me asaltó una idea.

—Tiene usted razón, dije; no parecen naturales. ¿Si serán postizas y tendrán por objeto desfigurar á la persona que las lleva?

—Pero ¿crees?... empezó sir Charles, y se calló en el acto.

—Sí, sí, contesté apresuradamente. ¡Vaya si lo creo! El adivino...

Pero de pronto me fijé en que había cometido una torpeza y bajé la vista avergonzado. Vandrifft me había encargado muchas veces que tuviera cuidado de no decir nada del adivino delante de Amalia, pues temía que si *ella* llegaba á enterarse de lo ocurrido no podría él olvidarlo jamás.

—¿Qué adivino? preguntó el pastor con encantadora inocencia.

—Uno que estuvo en Niza el año pasado al mismo tiempo que nosotros y dió mucho que hablar con sus extravagancias.

Y cambié de conversación.

—¿Y tenía las cejas como las de ese señor? preguntó otra vez en voz baja y sin darse por entendido de mi propósito.

Me molestó de veras. Si por casualidad era aquel tipo el adivino de Niza, el pastor le haría ver que hablábamos de él, lo

que le haría suponer que le habíamos conocido y volvería á escapárse nos de las manos, precisamente cuando se presentaba ocasión de echarle la garra.

—No, no, no tenía las cejas así, contesté mal humorado. Me había parecido, pero no, no es éste. Me equivoqué, sin duda.

Y le di un golpecito con el codo. Pero el pastor era tan inocente que todavía no se daba á partido.

—¡Ah, ya, ya! sí, replicó moviendo la cabeza con aire de sabio.

Entonces se volvió é hizo á su mujer una mueca tan perceptible que el de las cejas no pudo menos de fijarse. Afortunadamente una discusión política entablada en el otro extremo de la mesa llegó á nuestros oídos en aquel momento y llamó la atención general. ¡El mágico nombre de Gladstone nos salvó! Sir Charles armó una especie de jarana, de lo cual me alegré muchísimo, porque comprendí que Amalia estaba ya muertecita de curiosidad.

Después de comer, sin embargo, se acercó el de las cejas largas y empezó á darme conversación. Si era, efectivamente, el coronel de Goma, se conocía que no nos guardaba ningún rencor por las cinco mil libras que nos había timado; muy al contrario, daba evidentes pruebas de hallarse dispuesto á timarnos otras cinco mil en cuanto se presentara ocasión. Se dió á conocer como el doctor Héctor Mac-Pherson, concesionario exclusivo de las extensas posesiones mineras del Gobierno brasileño en las Amazonas superiores, é inmediatamente se engolfó en el negocio de los yacimientos de minerales de su propiedad en el Brasil: la plata, el platino, los rubíes que existían y los brillantes que *podían* existir.

Le escuché con la sonrisa en los labios, pues harto sabía yo á dónde iba á parar con todo aquello. Sólo necesitaba un pequeño capital para poner en explotación aquellas incomparables concesiones.

Era muy triste que el platino, por valor de miles de libras esterlinas, y las inmensas carretadas de rubíes, fueran tragadas por la tierra, ó arrastradas por el río, sólo por falta de un puñado de libras con que explotarlos. Si él conociera á alguien que tuviera dinero sobrante para colocar, le ofrecería el

modo de sacar fácilmente al capital un cuatro por ciento con las mejores garantías.

—No crea usted que lo haría con cualquiera, dijo el doctor Héctor Mac-Pherson irguiéndose; pero si me encontrase con una persona que me fuera simpática, le indicaría la manera de hacer el agosto con increíble rapidez.



SE ACERCÓ EL DE LAS CEJAS LARGAS

—Muy desinteresado se muestra usted, exclamé secamente, mientras clavaba la vista en las cejas largas.

Cuando sosteníamos esta conversación, sir Charles y el pastor jugaban al billar, y al ver este último que yo miraba las cejas, las miró también él. Luego, volviéndose hacia mí, murmuró con los labios:

—Postizas, muy postizas.

No puedo menos de manifestar que jamás vi persona alguna que hablase más perfectamente con sólo el movimiento de los labios. Comprendí hasta la última sílaba, á pesar de que ningún sonido salió de su boca.

Durante el resto de aquella noche el doctor Héctor Mac-Pherson se pegó á mí como una lapa y estuvo pesadísimo; me harté de oír hablar de Amazonas superiores y de rubíes, plata y platino. Tanto y tanto he tenido que hacer con rubíes (en el papel, se entiende) que hasta la vista de un rubí me molesta. Cuando Carlos, en un arranque de extraordinario desprendimiento, regaló á su hermana Isabel (con quien tuve el honor de casarme) un collar de rubíes (piedras inferiores, por supuesto), la aconsejé que lo cambiara por uno de zafiros y amatistas, con el pretexto de que estas piedras cuadraban mejor á su cutis (y por cierto que algo me valió eso de haber pensado en el cutis de Isabel).

Cuando me acosté aquella noche me sentía capaz de hundir las Amazonas en el fondo del mar, y de asesinar, envenenar, pegar un tiro ó perjudicar de algún modo al hombre de las concesiones mineras y de las cejas largas.

Durante los tres días siguientes el doctor volvió á darme la misma *lata* á todas horas, hasta que me aburrió soberanamente con su platino y sus rubíes. No quería un capitalista que explotara por su cuenta el negocio; prefería encargarse él mismo de hacerlo, dando al capitalista acciones privilegiadas de la compañía que se formase, con derecho de retención ó hipoteca sobre las pertenencias mineras. Primero le escuché sonriendo, después bostezando, luego contestándole de malos modos, y por fin, aburrido por completo, dejé de escuchar. Pero todo fué inútil, pues él siguió tan latoso, siempre con lo mismo. Un día que paseábamos por el lago en el vaporcillo me quedé dormido mientras el doctor hablaba. Desperté á los diez minutos y volví á oír las mismas palabras, pronunciadas en el mismo monótono estribillo.

—Y el producto líquido del platino sería...

No recuerdo cuántas libras, ni cuántas onzas, ni cuántos gramos. Aquellos detalles de ensayos no me interesaban ya; me

sucedía como al hombre que no cree en fantasmas porque «había visto demasiados».

Pero el pastor inglés y su esposa eran muy diferentes. El se había educado en Oxford, y ella, hasta entonces, no había salido de entre los montes de Escocia. Era tan monina, tan delicadita, que yo la puse el mote de *brexo blanco*. Se apellidaban Brabazón.

Los millonarios son siempre tan perseguidos por toda clase de timadores que es una delicia encontrarse con una pareja tan naturalota, tan inocente y tan cándida como aquélla. Eran tan francos y soportaban con tanta amabilidad nuestras bromas que todos llegamos á quererlos. Cuando yo la llamaba *brexo blanco* la pobrecilla se sonrojaba de vergüenza, mientras me contestaba con aire tímido:

—¡Oh, Mr. Wentworth!

Sin embargo, nos hicimos muy buenos amigos.

Un día, el joven pastor se ofreció á llevarnos de paseo por el lago en una lancha, asegurando que él remaría y que daríamos una vuelta deliciosa. Entonces la escocesa nos dijo que también ella sabía remar y quizás mejór que su esposo. Pero no pudimos aceptar la invitación ó el ofrecimiento, porque los paseos en lancha influyen desagradablemente en los órganos digestivos de mi señora cuñada.

—¡Qué joven tan simpático es ese Brabazón! observó sir Charles un día que paseábamos por el muelle; jamás he tropezado con una persona tan desinteresada. No molesta charlando de intereses ni le importa mejorar de posición. Dice que está muy satisfecho en su aldea, que tiene suficiente para vivir y que no necesita más, y añade que su mujer tiene algún dinero, aunque no mucho. Esta mañana le interrogué deliberadamente acerca de los pobres de su parroquia, á ver lo que decía. Ya sabes que estos pastores andan siempre queriendo *sablearle* á uno para los pobres; pues bien, ¿quieres creer que me dijo que en su parroquia no hay pobres? Declaró que todos son propietarios de posición desáhogada ó labradores fuertes y trabajadores, y que todo su temor es que se presente alguien y trate de reducirlos á la indigencia. Si un filántropo, añadió, me diera en este momento cincuenta libras esterlinas para emplearlas en Empin-

gham, créame usted, sir Charles, que no sabría qué hacer con ellas. Creo que las gastaría en vestidos nuevos para Jesusa, que tiene tanta necesidad de vestidos nuevos como cualquiera en toda la aldea; es decir, como ninguna, porque ninguna tiene. ¡Vaya un pastor, querido Sey! ¡Si tuviéramos uno como él en Seldon!

—Por lo menos no anda *sableándote*, contesté.

Aquella noche, estando en la mesa, ocurrió lo siguiente:

El de las cejas postizas comenzó á hablarme, como siempre, de sus dichosas concesiones en las Amazonas superiores. Con la mayor cortesía que me era posible procuraba yo hacerle callar, cuando de repente me fijé en Amalia, cuya mirada me hizo muchísima gracia. Estaba entretenida haciendo señas á Carlos para que se fijara en los gemelos del pastor. Los miré, y vi en seguida que eran singularmente atractivos para una persona tan sencilla. Consistían en una barrita de oro unida por una cadenita del mismo metal á unos magníficos brillantes de primera agua. Téngase en cuenta que he dicho magníficos porque estoy bien acostumbrado á ver brillantes. ¡Y gordos que eran los del pastor, de forma, brillantez y tallado muy particular! Instantáneamente comprendí lo que significaban las señas de Amalia. Ella tenía un collar de brillantes que decíase procedía de la India, pero al que le faltaban dos para que rodeara por completo su hermosa garganta.

Hacia tiempo que deseaba ardientemente adquirir dos piedras como las suyas para completar el collar, pero no había podido conseguirlo por la forma particular y el antiguo tallado que tenían, á no haber quitado casi la mitad á una piedra de primera agua mucho más grande.

La escocesa se fijó al mismo tiempo en las maniobras de Amalia y lanzó una carcajada alegre.

—Ya has engañado, dijo, á otra persona, Dick. Lady Van-drift está mirando tus gemelos.

—Son magníficas piedras, observó Amalia. (Muy mal dicho si pensaba comprarlos.)

Pero el simpático pastor era demasiado inocente y cándido para aprovechar en su beneficio la observación de Amalia.

—Sí, son buenas piedras, exclamó, doblemente si se tiene en cuenta que no son brillantes; son de pasta oriental muy anti-

gua, y las compró mi bisabuelo á un cipayo, después del sitio de Seringapatán, por muy poco dinero. Parece que el cipayo las robó del palacio del sultán Tippoo. Creyó, así como ustedes, que eran buenos brillantes; pero después, examinados por los joyeros, se ha visto que no son brillantes, sino una imitación perfecta. A lo sumo valdrán unos 50 chelines.

Mientras el pastor decía esto, Amalia y Carlos cruzaron sus miradas repetidas veces, diciéndose muchas cosas. También el collar de mi digna cuñada había pertenecido á la colección de Tippoo, y esto fué bastante para que Carlos y su esposa pensaran de común acuerdo que las piedras de los gemelos del pastor eran idénticas á las del collar de Amalia, y que habían sido arrancadas de éste cuando fué tomado el palacio indio.

—¿Tendría usted inconveniente en quitarse los gemelos un momento? preguntó Carlos con dulzura y en el tono de voz del que piensa hacer un negocio.

—Ninguno absolutamente, contestó el pastorcito. Estoy muy acostumbrado á quitármelos, porque suelen llamar la atención en todas partes. Se han conservado en la familia desde el tiempo de mi bisabuelo, y han ido pasando de generación en generación como una especie de herencia, aunque sin valor, por supuesto. Cualquiera que se fija en ellos, al saber que no son brillantes, desea examinarlos de cerca. Aun las personas más inteligentes y prácticas se han engañado con ellos. No obstante, digo y repito que son artificiales.

Quitóse los gemelos y los entregó á sir Charles. En toda Europa no hay quien aventaje á mi hermano político en el conocimiento de piedras preciosas.

Le observé atentamente. Primero los examinó á simple vista y después con unos lentes que lleva siempre á prevención en el bolsillo.

—La imitación es perfecta, verdaderamente admirable, murmuró, entregándoselos á Amalia; no es extraño que engañen á cualquiera.

Por el tono en que dijo esto comprendí que se había convencido de que eran joyas verdaderas y de muchísimo valor. ¡Conozco tan bien cómo hace Carlos los negocios! La mirada que dirigió á Amalia podía traducirse así:

—Estas son precisamente las dos piedras que hace tanto tiempo estás deseando.

La escocesa se echó á reir alegremente, diciendo:

—Ya se han desengañado, Dick. Bien segura estaba yo de que sir Charles era perito en piedras preciosas.

Amalia les dió vueltas y más vueltas. Como la conozco bien, en la manera de mirarlas comprendí que había resuelto hacerlas suyas, y cuando Amalia resuelve adquirir una cosa es inútil oponerse á que lo consiga.

Las piedras eran, en efecto, magníficos brillantes; el pastorcito tenía razón en todo cuanto dijo. Habían pertenecido á la misma colección que el collar de Amalia, el cual fué fabricado, según parece, para una favorita del gran Tippoo, á la que se atribuía un gran parecido físico con mi cuñada. Rara vez se ven piedras tan perfectas, y no era extraño que en más de una ocasión hubiesen despertado la admiración y la codicia de inteligentes y timadores.

Más tarde me contó Amalia que, según afirmaba la leyenda, un cipayo robó el collar cuando el saqueo del gran palacio, y después tuvo que luchar con otro que pretendía arrebatárselo. Se cree que en la lucha se desprendieron dos piedras, las cuales fueron recogidas y vendidas por una tercera persona que desconocía su valor. Hacía años que las andaba buscando Amalia para completar el collar.

—La imitación es perfectísima, dijo sir Charles, devolviéndolas al pastor, y se necesita ser muy perito para no confundirlas con las legítimas. Lady Vandrift tiene un collar de brillantes muy parecidos á éstos, pero verdaderos, por supuesto. Como los de usted se parecen tanto, y precisamente le faltan dos para completar el collar, no tendría inconveniente en darle por ellos diez libras esterlinas, si es que usted los quiere vender.

—¡Ay, Dick! dáselos, exclamó la escocesa poniendo una cara de pascua. Anda y cómprame con el dinero un imperdible bonito. Unos gemelos baratos sirven lo mismo para ti. Mil reales por dos piedras artificiales es mucho dinero.

Lo dijo con tanta dulzura y con tan delicioso acento que no sé cómo Dick tuvo valor para negarse á ello. Sin embargo, se mantuvo firme.

—No, Jesusita mía, contestó. Ya sé que no valen nada, pero para mí tienen cierto valor. Ya sabes que te lo he dicho muchas veces. Mi pobre madre los llevó de pendientes, y cuando murió los hice engarzar para llevarlos yo en los gemelos como recuerdo suyo. Además, son herencia de familia y no quisiera deshacerme de ellos.

—En un punto de mi concesión, sir Charles, interrumpió el doctor Mac-Pherson, hay motivos para creer que se hallará un nuevo Kimberley. Si alguna vez quisiera usted ver mis brillantes, cuando los tenga, me causará un verdadero placer el someterlos á su examen.

Sir Charles no pudo contenerse ya.

—Caballero, contestó mirándole con aire severo, si su concesión estuviera tan cuajada de brillantes como el valle de Simbad el marino, no me tomaría la molestia de volver la cabeza para mirarlos.

Y lanzó una terrible mirada al de las cejas largas, el cual quedó como anonadado.

Después supimos que era un pobre loco inofensivo que había perdido el juicio y la fortuna en especulaciones de brillantes y rubíes, y que entonces andaba por el mundo ofreciendo concesiones imaginarias en el Brasil, en Burmah ó donde mejor le parecía. Y en cuanto á las cejas, eran naturales; no tenía él culpa ninguna de que así se las hubiera dado la Providencia. Sentimos el incidente, pero ¡qué se iba á hacer! Una persona de la posición de sir Charles es tan buen blanco para los timadores, que si no adoptara medios y precauciones para deshacerse de ellos, se vería á todas horas abrumado con sus impertinencias.

Cuando aquella noche subimos á nuestras habitaciones, Amalia se dejó caer en el sofá, exclamando con aire de reina de tragedia:

—Carlos, esos son brillantes verdaderos, y no seré feliz hasta que sean míos.

—En efecto, son piedras buenas y legítimas, replicó Carlos, y serán tuyas, Amalia. ¡Vaya si lo serán! Valen por lo menos tres mil libras esterlinas, pero iré subiendo poco á poco.

De modo que Carlos al día siguiente comenzó á tratar con el

pastorcito, pero éste no tenía deseo alguno de vender los brillantes.

Dijo que no era ambicioso, y que más quería conservar el recuerdo de su madre y la herencia de familia que cien libras que le diera Carlos.

Los ojos de mi cuñado brillaban de satisfacción.



CARLOS, NO SERÉ FELIZ HASTA QUE ESOS BRILLANTES SEAN MÍOS

—Pero ¿y si le diera á usted doscientas? preguntó. Figúrese cuánto bien podría hacer con esa cantidad. Pudiera añadir un pabellón á las escuelas de la aldea.

—Gracias, tenemos muy bastante sitio, replicó el simpático pastor. No creo que los venderé.

Sin embargo, vi que miraba con indecisión los brillantes y que le temblaba la voz.

Carlos se precipitó demasiado.

—Cien libras más ó menos, dijo, me importan muy poco, sobre todo cuando se trata de dar gusto á mi esposa. Todos tenemos ese deber, ¿no es verdad? Si no podemos hacerlas felices no debemos casarnos. Vaya, le ofrezco las trescientas.

La escocesa comenzó á dar palinadas, exclamando:

—¡Trecientas libras! ¡Ay, Dick, qué hermosura! ¡Cuánto nos divertiríamos y cuánto bien podríamos hacer con tanto dinero! Anda, véndele los brillantes á sir Charles.

Su acento era irresistible, pero el pastor meneó la cabeza, diciendo:

—Es imposible. ¡Los pendientes de mi querida madre! ¿Qué diría el tío Antonio? Si vendiese las piedras no me atrevería á mirarle á la cara nunca jamás.

—¿Tiene su esposo esperanzas de heredar al tío Antonio? preguntó sir Charles á la escocesa.

Esta se cedió á reír.

—¡Heredar al tío Antonio! exclamó. ¡Quiá! ¡Pobrecillo! Si no tiene más capital que su pensión, sir Charles. Es capitán retirado. ¡Pobre tío Antonio!

La idea de heredar al tío Antonio la haría, sin duda, mucha gracia, pues volvió á echarse á reír dulcemente. ¡Qué mujer tan encantadora!

—Pues entonces, si yo estuviera en su lugar, no me preocuparía poco ni mucho lo que pudiera hacer ni pensar el tío Antonio, observó mi cuñado resueltamente.

—No, no; no puede ser, continuó el pastor. ¡Pobre tío! No quiero ofenderle de ninguna manera, y estoy seguro de que con esto se ofendería.

Volvimos al lado de Amalia, la cual preguntó con ansiedad:

—¿Me los traes?

—Todavía no, contestó Carlos, pero ya creo que se va ablandando. Empieza á vacilar. Por su parte me parece que los vendería, pero tiene miedo de lo que dirá el tío Antonio. Sin embargo, opino que su esposa le hará desechar esos temores. Mañana de fijo cerraremos el trato.

A la mañana siguiente era muy tarde cuando salimos de nuestras habitaciones, porque Carlos y yo habíamos estado muy ocupados despachando la correspondencia. Cuando por fin bajamos al salón público era cerca de la hora de almorzar. En cuanto nos presentamos se acercó el conserje con una cartita para Amalia; ella la tomó y se puso á leerla. Su semblante se nubló.

—Mira, Carlos, exclamó; ¿ves? No quisiste aprovechar la ocasión y ahora la hemos perdido. ¡Se han marchado con los brillantes!

Y le faltó poco para echarse á llorar.



EL CONSERJE ENTREGÓ UNA CARTITA Á AMALIA

Cogió Carlos la carta, y después de enterarse de su contenido me la entregó á mí. Era tan breve como concluyente, y decía así:

«Mi querida lady Vandrift: ¡Cuánto siento tener que marchar sin despedirme de ustedes! pero acabamos de recibir un telegrama diciendo que la única hermana de Ricardo está muy enferma de calenturas en París y no podemos detenernos. Yo quería despedirme, ya que tan amables han sido ustedes con nosotros; pero marchamos en el primer tren á una hora muy intempestiva, y no es cosa de molestarles. Quiera Dios que nos volvamos á ver algún día, aunque no parece probable, puesto que estamos enterrados, como quien dice, en una aldehuela en

»el Norte. De todos modos, le estará eternamente agradecida su
»afectisima amiga, *Jesusa de Brabazón*.

»P. S. Cariñosos recuerdos á sir Charles y á los simpáticos
»amigos Wentworth, y un beso para usted, si se digna acep-
»tarlo».

—¡Ni siquiera dice adónde han ido! exclamó Amalia de muy mal humor.

—Tal vez lo sepa el conserje, interpuso Isabel mirando por encima de mi hombro.

Y nos dirigimos á la conserjería, donde supimos que las señas del pastor eran las siguientes:

Reverendo Ricardo Peploe de Brabazón, calle de Holme Bush, núm. 241, Empingham, provincia de Northumberland.

—¿Y no ha dejado la dirección para enviarle las cartas á París?

—También. Durante los diez primeros días, ó hasta nuevo aviso, Hotel des Deux Mondes, Avenue de l'Opera.

Amalia resolvió la cuestión inmediatamente.

—Ahora es la nuestra, exclamó. Esta súbita enfermedad que llega justamente cuando la luna de miel está terminando y obliga á diez días más de estancia en un hotel de primera clase, probablemente trastornará los cálculos del pastor. Ahora se alegrará de poder vender los brillantes y nos los dejará en las trescientas libras. Carlos hizo mal en ofrecer tanto de una vez, pero ya no hay más remedio que mantener lo ofrecido.

—¿Qué quieres que hagamos, preguntó Carlos, escribir ó telegrafiar?

—¡Jesús, qué estúpidos son los hombres! contestó mi adorable cuñada. ¿Acaso este es un asunto que puede arreglarse por carta y mucho menos por telégrafo? No, no. Seymour tiene que tomar esta misma noche el expreso para París, y en el momento que llegue debe ir á ver á Brabazón... ó no, mejor á su esposa, porque ella no tendrá la cabeza tan llena de las tonterías del tío Antonio.

En las obligaciones de un secretario particular no entra verdaderamente el oficio de negociante en brillantes, pero cuando Amalia se empeña... pues se empeña y no hay más qué decir. Cuando ella manda algo todo el mundo boca abajo. Por consi-

guiente, aquella misma noche me metí en el *sleeping-car* del expreso de París, adonde llegué á la siguiente mañana sin ninguna novedad, pero con la orden terminante de llevar los brillantes muertos ó vivos (valga la frase), sucediera lo que sucediera, y de ofrecer por ellos cualquier cantidad que no pasara de 2.500 libras esterlinas.

Cuando llegué al Hotel des Deux Mondes encontré al pobre pastor y á su mujercita sumamente afligidos. Me dijeron que habían pasado la noche en vela al lado de la enferma, y el insomnio, después del viaje apresurado, había dejado sus huellas. La escococita, sobre todo, estaba triste y pálida. Casi me avergonzaba de tener que hablarles de brillantes en momento tan inoportuno, aunque súbitamente se me ocurrió que tal vez no lo fuera. Quizás tendría razón Amalia; probablemente el pastor habría ya gastado la suma que sacara de casa para el viaje de novios y no les vendría mal el dinero.

Con la mayor delicadeza posible indiqué el asunto que me llevaba allí, diciendo que era un capricho de lady Vandrift. Se había empeñado en poseer las piedras, y aunque no eran de valor, no había más remedio que darla gusto; pero el pastor se mantuvo firme. A cada momento salía con aquello de ¡qué diría el tío Antonio! ó con lo otro de que no quería ofender al tío Antonio. ¿Trescientas? No, no; nunca, jamás. ¿Un recuerdo de su madre? ¡Qué disparate!

Jesusa rogó y suplicó, diciendo que le era muy simpática lady Vandrift y deseaba complacerla; pero todo en vano, el pastor no se ablandaba. Subí poquito á poco hasta las 400 libras y siguió declarando que era imposible, aunque le causaba verdadera pena no poder complacer á mi cuñada.

—No es cuestión de dinero, añadió, es que no puedo ni debo desprenderme de un recuerdo de mi querida madre.

Por fin comprendí que era inútil proseguir por aquel camino y elegí otro.

—Creo, dije, que debo informar á ustedes de que las piedras son legítimas; sir Charles está seguro de que lo son. Conque vamos á ver, ¿le parece á usted bien que una persona tan respetable por su ministerio, que un pastor de la Iglesia lleve en los gemelos joyas de tantísimo valor? En una mujer estaría muy

bien, sería distinto; mas para un hombre, ¿no lo cree usted poco varonil?

Me miró atentamente y se echó á reir de una manera singular.

—Parece mentira, dijo, que no acaben ustedes de convenirse. Los brillantes han sido examinados y probados más de seis veces por peritos inteligentes y de mucha práctica, y sé fijamente que son artificiales; por tanto, no sería justo que se los cediera como piedras buenas. No puedo, no puedo hacerlo.

—Pues bien, añadí yo, consideremos el asunto desde otro punto de vista; demos por supuesto que las piedras son artificiales: lady Vandrift no desiste de adquirirlas y no repara en el dinero. Vamos, ¿no quiere usted complacer á una dama amiga de su esposa? Pongamos mil libras y no hablemos más.

—Repito que no sería justo, murmuró, meneando la cabeza; eso sería poco menos que criminal.

—¿Pero si nosotros cargamos con todas las responsabilidades! No había manera de hacerle ceder.

—Mi ministerio no me lo permite, contestó. Lo siento, pero no puedo complacerle.

—Señora, dije, dirigiéndome á la mujer del pastor, ¿quiero usted hacerme el obsequio de influir? Seguramente que usted podrá convencer á su esposo mejor que yo.

La linda escocesa se acercó y habló cariñosamente con su marido, acariciándole con mucho mimo. No pude oir lo que le decía, pero me pareció que se expresaba con mucha elocuencia.

—No puede usted figurarse cuánto me alegraría de que las piedras pasasen á poder de lady Vandrift, dijo la esposa del pastor. ¡Es tan buena! ¡Tan cariñosa!

Y sin más, sacó los gemelos de los puños de su esposo y me los entregó.

—¿Cuánto? pregunté.

—¿Dos mil? contestó interrogando.

Era mucho subir de un golpe, pero ¡qué íbamos á hacer! Así son las mujeres.

—Conforme, exclamé. Con su permiso, añadí, dirigiéndome al pastor.

El pobrecillo estaba avergonzado de sí mismo.

—Hago el sacrificio, dijo, porque Jesusa lo quiere; pero como pastor que soy, y á fin de evitar cualquier disgusto ulterior, quisiera que me hiciese usted una declaración por escrito, haciendo constar que compra los brillantes á pesar de haber yo asegurado repetidas veces que son artificiales, que no son tales brillantes.



SACÓ LOS GEMELOS DE LOS PUÑOS DE SU ESPOSO

Muy satisfecho de la ganga que hacía, metí las piedras en el bolsillo.

—Está bien, repuse, sacando de la cartera un papel.

Carlos, con su fino instinto comercial, se había anticipado á la demanda, y al efecto traía yo, escrita por él, la declaración apetecida.

—¿Quiere usted un cheque? pregunté.

El pastor vaciló.

—Si le es á usted lo mismo, dijo después de un momento, preferiría billetes del Banco de Francia.

—Sí, sí, contesté. Voy á buscarlos.

Y me dejó marchar llevando los brillantes en el bolsillo. ¡Qué confiadas son algunas personas!

Sir Charles me había dado un cheque en blanco, advirtiéndome que no pasara de dos mil quinientas libras. Lo presenté á nuestro agente y lo cambié por billetes de Banco franceses, que el pastor aceptó con sumo gusto.

Y bien contento me vi al poder volver á Lucerna aquella noche con los brillantes, por los cuales, según mis cálculos, había pagado unas mil libras menos de lo que realmente valían.

En la estación del ferrocarril de Lucerna me esperaba Amalia con mal disimulada impaciencia.

—¿Los traes, Seymour? preguntó.

—Sí, contesté, sacando los brillantes con aire de triunfo.

—¡Ay, qué horror! exclamó retirándose un poco. ¿Crees que son verdaderos? ¿Estás seguro de que no te ha engañado?

—Segurísimo, respondí, examinándolos de nuevo. Nadie me engaña á mí tratándose de brillantes. ¿Por qué dudas ahora?

—Porque he hablado con la señora de Hagan en el hotel, y me ha dicho que eso se hace muchas veces. Asegura que los timadores tienen dos juegos, uno falso y otro legítimo; que enseñan el legítimo, y luego, cuando se compran, largan el falso, fingiendo además venderlos como un gran favor.

—No te apures, sé lo que me hago.

—Pues yo no estaré tranquila hasta que los haya visto Carlos.

Nos dirigimos á escape al hotel. Por primera vez en la vida vi que Amalia estaba agitada y noté que yo también empezaba á dudar; por lo visto me había contagiado. Casi llegué á temer que en cuanto Carlos viera los brillantes prorrumpiría en una de las palabrotas que suele emplear cuando le sale mal un negocio. Pero los miró, los examinó bien, y cuando le dije lo que había pagado por ellos, suspiró con marcada satisfacción, exclamando:

—Mil quinientas libras menos de su valor.

—¿No tienes ninguna duda? pregunté.

—Ninguna, replicó, mirándolos de nuevo; son piedras buenas, del mismo tipo, calidad y tallado que las del collar de Amalia.

Esta lanzó un suspiro de felicidad, diciendo:

—Voy á traer el collar para que los confrontéis con los míos.

Un momento después se presentó de nuevo muy sofocada y apuradísima, gritando:



¿LOS TRAES, SEYMOUR?

—¡Carlos, Carlos! ¡Qué horror! ¡No puedes figurarte lo que ha sucedido! ¡Me faltan dos piedras del collar! Por lo visto, el pastor me ha robado dos brillantes y después nos los ha vendido.

Extendió el collar y vimos que tenía muchísima razón. Faltaban dos piedras, y las dos que acabábamos de comprar encajaban perfectamente en los dos huecos.

Un rayo de luz iluminó mi mente.

—¡Cáspita! exclamé llevándome la mano á la frente. El pastor es... el coronel Goma.

—Y Jesusa, dijo Carlos haciendo el mismo ademán, la escocesa tan inocente y tan cándida... es... Mme. Picardet. Más de una vez me pareció notar en el timbre de su voz algo que no me era desconocido.

Por supuesto, no teníamos prueba ninguna; pero así como el comisario de Niza, nos sentíamos instintivamente seguros de que era él.

Sir Charles resolvió en seguida echarle el guante á todo trance. Aquel segundo timo le irritó mucho.

—Lo peor es, dijo, que tiene una táctica especial. El no se incomoda para engañarnos; antes por el contrario, nos obliga á incomodarnos á nosotros para que nos engañe. El tiende el lazo y nosotros caemos en él de cabeza. Mañana mismo iremos á buscarle á París, Sey.

Amalia entonces le refirió lo que le había contado la señora de Hagan, y sir Charles, con su acostumbrada perspicacia, lo creyó en seguida.

—Eso me explica, dijo, por qué empleó esa táctica especial para atraernos. Si hubiéramos sospechado algo, hubiese podido probar que las piedras eran artificiales, y así nada podíamos alegar. Fué á París para tener tiempo de huir antes que lo averiguásemos. ¡Qué pillo tan redomado! Parece mentira que me haya dejado engañar dos veces seguidas.

—Pero ¿cómo se arreglaría para sacar las piedras de mi joyero? preguntó Amalia.

—¡Qué sé yo! respondió Carlos. Pero no es extraño, puesto que siempre lo dejas en cualquier sitio.

—¿Y por qué no robaría el collar entero? prosiguió Amalia.

—Porque es demasiado listo para hacer eso; es mucho mejor negocio el que ha hecho. En primer lugar, no es fácil vender un collar cuyas joyas son grandes y de mucho valor, y en segundo, hay que tener en cuenta que son brillantes muy conocidos. Todo negociante en joyas ha oído hablar alguna vez del collar de Vandrift, del cual hasta se han sacado fotografías. Sus piedras son, como si dijéramos, piedras señaladas. No, no; tuvo más talento que todo eso. Arrancó dos piedras y después las ofreció á la única persona que no sospecharía de dónde procedían. Vino á Lucerna con la sola idea de jugarnos esta mala

pasada, y de seguro que los gemelos los mandó hacer de antemano de la forma que deseaba. Robó las piedras y las engarzó en ellos. Verdaderamente es un timo muy bien pensado y ejecutado con suma habilidad. En medio de todo, no puedo menos de reconocer el talento de ese hombre.

Cómo supo el coronel que lady Vandrift poseía aquel collar y cómo se apoderó de las dos piedras, tardamos mucho en averiguarlo y no he de referirlo aquí; baste decir que logró confundirnos completamente.

Al día siguiente salimos para París, después de haber telegrafiado al Banco para que detuvieran los billetes; pero fué inútil, los habían cambiado por oro media hora después de habérselos entregado yo.

Cuando llegamos al Hotel des Deux Mondes nos dijeron que el pastorcito y su mujer se habían marchado poco después que yo me despedí de ellos con rumbo desconocido. Como solía hacerlo el coronel, desaparecieron sin dejar señal ni huella ninguna. En menos palabras: que cambiarían, sin duda, de disfraz y volverían á presentarse aquella misma noche bajo otro aspecto.

Lo que sí averiguamos fué que nunca había existido el reverendo Ricardo Peploe de Brabazón; es más, que tampoco existía en la provincia de Northumberland, ni en ninguna otra de Inglaterra, una aldea llamada Empingham.

Dimos parte á la policía parisién, pero ¡qué poco complaciente estuvo con nosotros!

—No hay duda de que efectivamente es el coronel Goma, dijo un inspector, pero no creo que tienen motivo para quejarse. Ustedes me dispensen; pero si he decir la verdad, se me figura que en este caso tal para cual. Sir Charles quiso comprar como piedras artificiales las que sabía fijamente que eran legítimas; madame temió haber comprado piedras artificiales al precio de las verdaderas, y usted, señor secretario, aprovechando la circunstancia de que su dueño no conocía el valor de los gemelos, trató de adquirir los brillantes por la mitad de lo que valían. ¡Tiene muchísima gracia el tal coronel Goma! Ha sabido más que todos ustedes, y aquí del proverbio: «A un pillo, otro mayor».

al vez tenía razón, pero sus palabras nos hicieron muy mal efecto.

Volvíamos al hotel. Carlos estaba irradísimo, rabioso.

—¡Esto ya es demasiado! exclamó. ¡Esto es insoportable! ¡Qué bribón! ¡Qué descaró el suyo! Pero no me volverá á engañar, te lo aseguro, Sey. ¡No quisiera sino que lo intentara! ¡Cuánto gozaría cogiéndole *in fraganti*! Estoy seguro de que le conocería aunque se disfrazase de sultán de Turquía. Es harto ridículo que me haya dejado engañar así; pero no volverá á suceder, te lo juro.

—*Jamais de la vie*, murmuró un mozo que estaba á nuestro lado.

Nos hallábamos en la terraza del Gran Hotel, y creo firmemente que el mozo no era otro que el coronel Goma en uno de sus numerosos disfraces.

Aunque tal vez empezábamos á ver al famoso coronel en cualquier persona desconocida, ó lo que viene á ser igual, que los dedos se nos autojaban huéspedes.

Grant Allen.





Cuentos del

Continente oscuro



El ídolo de Delhi.

I

SIENTO que no hayamos podido convencer á Hassán para que nos acompañara en esta expedición, dije á Federico. El profundo conocimiento que tiene de estos templos indios nos hubiera venido muy bien en este momento. ¿Si saldremos vivos de aquí?

—¡Quién sabe! respondió mi compañero. Creo que esta vez nos han cogido muy de veras. Mira ese guía traidor. ¡Si pudiéramos oír lo que está diciendo á los brahmines! Hicimos muy mal en confiar en él después de lo que nos dijo Hassán. Él hizo todo lo posible para que desecháramos la idea de penetrar en el templo, y si se negó á acompañarnos fué por sus escrúpulos religiosos, no por falta de valor.

—¿Qué más da? observé. Alguna vez tenemos que morir. Aunque, verdaderamente, preferiría continuar nuestros viajes antes que ser asesinado por estos fanáticos. ¡Qué caras de malvados tienen!

Estábamos presos en un templo, cerca de la sagrada ciudad de Delhi, en situación tan crítica y peligrosa que amenazaba poner fin de una vez y para siempre á viajes y aventuras. Habíamos

puesto mucho empeño en visitar aquel templo porque, cuando viajábamos por la Persia, un famoso parsi de Shiraz, que nos acogió con mucha amabilidad, nos dió ciertas noticias acerca de un tesoro oculto, y concebimos la insensata idea de que nos sería fácil penetrar en el templo y apoderarnos de él.

Para ganarnos la confianza del guebro tuvimos que renunciar á fumar en su presencia, pues el fuego, bajo cualquier forma que fuese, era sagrado para él. aun cuando sólo fuera la chispa de un cigarrillo. Pasamos largos ratos charlando con él, y por fin conseguimos hacerle hablar del shah Nadhir.

Nos dijo que en la Persia era muy corriente el rumor de que durante los dos años que aquel shah había ocupado la sagrada ciudad de Delhi, ha-

bía hecho ocultar en uno de los templos gran número de magníficos brillantes, y que con el fin de guardarlos en sitio seguro hasta que se retirara de allí ideó una manera muy ingeniosa de ocultarlos.

Con la mano en la barba declaró que en el patio interior del templo se había levantado un ídolo grandísimo en honor del shah. El ídolo tenía en una de sus enormes manos un sable levantado en



¡SI PUDIÉRAMOS OIR LO QUE ESTÁ DICIENDO
A LOS BRAHMINES!

el aire, en cuyo puño, que era hueco, se hallaban ocultos los brillantes. Añadió que él era uno de los poquísimos guebros que conocían el secreto para abrir el puño, y la mañana en que nos despedimos de su hospitalidad puso en la mano de Federico un trocito de vitela, en el cual estaba escrito en persa lo que habíamos de hacer para obtener el tesoro.

Hassán se esforzó cuanto pudo para hacernos desistir de la empresa, pero fué inútil, y ya que él no quiso venir, hallamos un indio que se ofreció gustoso á acompañarnos, á conducir á los sabibs al templo de Delhi. Sin duda, desde el primer momento tuvo la intención de vendernos, pues en cuanto penetramos en el claustro cerrado halló una disculpa, y haciendo profundas reverencias nos dejó solos.

Apenas habíamos tenido tiempo de examinar una parte del tallado que adornaba las galerías cuando de improviso nos agarraron por detrás, y después de breve lucha fuimos vencidos y llevados á una estancia abovedada donde se encontraban reunidos unos veinte brahmines. Cuando entramos no pasó inadvertida para mí la expresión de gozo que se dibujó en sus semblantes al fijarse en nuestra situación.

Mientras permanecíamos allí detenidos en presencia de los brahmines entró el guía que nos había hecho traición y comenzó á hablar. Al ver los gestos que hacía, pronto nos convencimos de que sus palabras no eran las más á propósito para inclinar el ánimo de nadie en nuestro favor. Durante el discurso se tocaba con frecuencia la frente, en la que tenía tres rayas anchas y blancas, que atestiguaban su fervor religioso y explicaban el hecho de encontrarse á aquella hora en el templo. Que nosotros habíamos penetrado en éste nadie lo sabía más que Hassán; así que no era probable que, aunque no apareciésemos más en el mundo, la culpa ni aun la sospecha recayera sobre aquellos fanáticos, quienes no habían todavía aprendido á querer á aquellos á quienes denominaban *feringees*.

Por cierto que fué una asamblea bien singular la que se reunió allí para juzgarnos por haber violado la santidad del templo. Vestían una especie de túnica blanca que les cubría el cuerpo, dejando al aire los brazos y las piernas. Una faja de color morado rodeábalas la cintura, formando graciosos pliegues. Del hombro izquierdo pendía el *punul* ó hilo sagrado que, atravesando el pecho, termi-

naba bajo el brazo derecho. En el cuello llevaban collares de ave-
llanas que les servían de rosario cuando recitaban ciertas oraciones.
Estaban sentados en dos filas formando círculo, una más alta que
la otra. Cuatro guardias, dos para cada uno y uno á cada lado,
bien armados con sables enormes, estaban encargados de nuestra
custodia.



NOS AGARRARON POR DETRÁS

Después de unos momentos de silencio díjome Federico en voz baja:

—No están de acuerdo acerca de lo que han de hacer con nosotros. El brahmín que está sentado en esa especie de trono, y que debe ser el jefe, parece tener la buena intención de excitar los ánimos en contra nuestra. ¡Vaya una manera de accionar y de agitar los brazos! ¿Qué decidirán por fin? Seguramente algo que no será muy agradable para nosotros.

—Pronto lo sabremos, respondí. Son contados los que hablan á

nuestro favor; pero mira, van á votar. Sin duda quieren acabar pronto.

En aquel momento se presentó un indio trayendo una bandeja de oro, sobre la cual se veían obleas blancas y finisimas. Haciendo profundas reverencias fué entregando una á cada brahmín, y éstos, sacando del bolsillo un punzón muy pequeño, fueron haciendo una marca en las obleas, las cuales colocaron luego en una especie de tubo de marfil hábilmente tallado. El tubo tenía la forma de un colmillo de elefante y terminaba en punta finísima y muy blanca. Cuando se vió el resultado de la votación, en la que sólo seis ó siete se mostraron benignos con nosotros, la alegría fué general. Después reinaron unos minutos de profundo silencio, mientras á empujones nos obligaban nuestros guardianes á colocarnos delante del jefe para oír la sentencia. Quisieron también que nos arrodilláramos humildemente, pero nos resistimos con tenacidad, y entonces el jefe mandó que desistieran, y poniéndose de pie, extendió el brazo derecho y comenzó diciendo:

—Los extranjeros han penetrado en el templo de Shiva, de cuyo culto están encargados los brahmines. En el interior de este gran edificio hállase el ídolo del poderoso Nadhir, á quien honramos porque Shiva permitió que él humillara á nuestra ciudad. Vuestros pies han profanado el sagrado templo, y esto, si no demostramos el aborrecimiento que nos inspira, puede acarreamos la venganza de Shiva. Para borrar la mancha que ha caído sobre el templo es necesario derramar sangre antes de que salga el sol del día de mañana. Viviréis esta noche, porque no nos es permitido quitar á nadie la vida en las horas dedicadas al reposo del hombre. Conque pensadlo bien, pues os quedan pocas horas de existencia. He dicho.

Llenos de sorpresa nos miramos el uno al otro. Nos habían condenado á morir sin otra ni más falta que la de haber penetrado en el templo, y por supuesto sin haber dado ningún paso para llevar á la práctica la idea que tuvimos. Por tanto, la sentencia era exagerada y absurda, pero teníamos que acatarla, pues, como Federico me dijo al oído, sería inútil discutir con aquellos fanáticos.

Y añadió mi amigo:

—Nos quedan todavía algunas horas de vida y no será nuestra la culpa si no conseguimos huir antes del amanecer. ¿Nos dejarán pasar juntos la noche ó nos separarán?

—Me parece más probable que nos separen, contesté; lo creerán más seguro.

Pero en esto me equivoqué.

Poco después se levantaron los brahmines y formando una fila se dirigieron á otra parte del temp'lo con paso lento y majestuoso, cantando un himno triste en voz monótona que nos impresionó desagradablemente. Parecía el canto fúnebre recitado para la salvación de nuestras almas.

—Vaya, exclamó Federico, si ves alguna ocasión, por pequeña que sea, de lanzarte sobre estos pícaros indios, aprovéchala, y no olvides que luchamos por la vida.

Los guardianes se encargaron de no ofrecernos la ocasión que deseábamos, pues volviéndose de repente sobre nosotros y colocando las puntas de los sables contra la pared, formaron un ángulo á modo de una enorme tijera, en cuyo centro quedamos cogidos.

Mientras nos tenían sujetos así (pues si hubiéramos intentado movernos las afiladas hojas de los sables nos hubieran herido atrozmente) aparecieron otros dos, quienes después de amarrarnos bien trajeron un montón de paja. En seguida se retiraron todos, cerrando por fuera la puerta con llave y barras de hierro.

Bien pronto comprendimos que de allí no había salida posible; de manera que quedábamos bien encerraditos hasta que viniesen los guardianes al día siguiente, que con toda seguridad sería el último de nuestra vida.

—¿Qué muerte será la que nos espera? pregunté á Federico. ¿Crees que harán uso de sus enormes sables?

—No tengo de eso ni la menor idea, contestó Federico. Probablemente nos ahorcarán. La perspectiva no es muy agradable para nosotros; pero si estuviera aquí Hassán diría que es el Kismet, y por consiguiente no tiene remedio. Seguro estoy de que nuestro pobre guía se hallará apuradísimo viendo que tardamos tanto en volver.

Pasamos un buen rato hablando hasta que mi amigo se quedó profundamente dormido. Por lo visto nuestra triste suerte no bastaba para quitarle el sueño. Contagiado sin duda por él también yo me dormí, y tranquilamente descansáramos los dos cuando un extraño incidente vino á despertarnos.

II

El roce de un vestido sobre las baldosas del pavimento, acompañado de las palabras ¡Sahibs, despertad! nos hizo levantar la vista. A nuestro lado se hallaba una mujer de pie, la cual llevaba en la mano una lamparilla encendida.



Vestía completamente de blanco, con una túnica recogida en la cintura con un cinturón de plata. Mirándola fijamente, vi que tenía la tez morena y los ojos relucientes de los de su tribu. El brillo singular de una pulsera que llevaba me llamó la atención, y fijándome bien observé de pronto que se movía y que fué á enroscarse en el brazo algo más arriba. La pulsera era una serpiente viva y la llevaba, sin duda, la joven para que la protegiese contra todos los males que la amenazaban.

—¿Estás despierto el sahib? preguntó. Hablad en voz baja, pues un guardián cuyo sueño es muy ligero vigila la puerta de la bóveda.

Me moví poco á poco y traté de incorporarme, pero las ligaduras de los pies y las manos estaban tan prietas

VI UNA MUJER VESTIDA DE BLANCO

que se me habían hinchado los tobillos y al menor movimiento sufría un dolor agudo. Viendo esto, la mujer se inclinó, y con un cuchillo de hoja ancha cortó las correas que me sujetaban, haciendo en seguida lo propio con las de mi amigo.

—Sahibs, dijo, vengo á salvaros si es posible. Seguidme sin pronunciar una palabra.

Federico se puso también de pie y juntos salimos de la bóveda por una puertecita situada en el lado opuesto á aquel por donde habíamos entrado, y que á la sazón se hallaba guardada por uno de los brahmines.

Temiendo á cada momento que fuese descubierta nuestra huida marchábamos silenciosamente siguiendo á la mujer, quien llevaba siempre la lamparilla en el aire para que alumbrara con sus débiles rayos el largo pasillo que teníamos que recorrer.

Afortunadamente no sentimos ruido ninguno. Después de un buen rato nuestra protectora tocó un resorte en la pared y se abrió inmediatamente una puertecita, por la que entramos, hallándonos en seguida en la parte principal del templo, donde vimos el idolo gigantesco construido en honor del shah Nadhir.

La tenue luz de la lamparilla lanzaba un rayo tristón sobre el inmenso idolo, que ocupaba todo el centro del templo. Colocados alrededor había otros muchos idolos grandes, tan variados en la forma como grotescos en la apariencia. Del techo, que era altísimo, pendía grandísimo número de cadenas de oro que sostenían vasitos de cristal de diversos colores, en los cuales ardían mechitas que lanzaban una luz débil sobre aquel extraño cuadro. El lúgubre silencio que allí reinaba me impresionó desagradablemente, y confieso que miré con algo de terror las grotescas sombras de los horripilantes idolos, que parecían dirigirnos feroces miradas.

—Sahibs, dijo la mujer deteniéndose, procuro salvarles á fin de pagar una deuda que mi familia tiene contraída con un europeo. Hace algunos años, una gran carestía se esparció por la hermosa tierra regada por el Ganges, y un sahib blanco libró á mis padres de la opresión de los *rayotos* (en el Indostán son llamados así los que dan tierras en arriendo perpetuo), quienes sin la bondad del sahib les hubieran humillado hasta el polvo con sus crueles exigencias. Por fin prosperaron, y entonces hicieron voto para que yo recompensara á Shiva el bien que nos había hecho. Al efecto me consagraron al templo para que fuese *dasi* ó bailarina. Los brahmines están obligados, bajo pena de muerte, á mantener y proteger á las que se consagran al templo. Sin embargo, no he olvidado nunca la generosidad del sahib que salvó de la miseria y tal vez de la muerte á mis queridos padres, los cuales se alegrarían mucho de que su hija hubiese aprovechado la ocasión de pagar aquella deuda.

—¿Nos indicará usted el modo de salir de aquí en seguida? pregunté.

—En seguida no es posible, sahib, aunque espero salvaros. Por esta noche os ocultaré donde nadie sabrá encontraros, y mañana al amanecer haréis el esfuerzo del cual dependerán vuestras vidas. Ocultos en este templo oiréis á primera hora de la mañana á los brahmines que vendrán á entonar sus cánticos para que Shiva se digne aceptar el sacrificio que piensan ofrecerle. Hecho esto se dirigirán en procesión al salón de consejos, donde creerán encontraros todavia bien sujetos y amarrados.

—¿Y vuestro proyecto para salvarnos? preguntó Federico.

—Tened paciencia, sahib, y lo sabréis. En la puerta exterior de este templo, que de noche está bien guardada, hallaréis de dia sólo dos centinelas armados de buenos sables. Por muy silenciosamente que andéis os oirán de seguro, tal es la agudeza de oído que caracteriza á los de nuestra raza. Dos minutos después quedará decidida vuestra suerte.

Introduciendo la mano en la túnica sacó la dasi dos cuchillos de hoja ancha, y después de entregar uno á Federico y otro á mí continuó:

—Con estas armas lucharéis uno con cada centinela, y como el combate de cuchillo contra sable es desigual, debéis luchar siempre á la defensiva, procurando no manchar el sagrado templo de Shiva. Esquivad el golpe de los sables y corred por el pasillo largo y estrecho. En el extremo hallaréis una puerta; abridla, y veréis que conduce al salón de peregrinos. La de este salón conduce á su vez á la calle. Y en cuanto os veáis fuera del templo habrá desaparecido todo peligro.

—¿Y dónde hemos de ocultarnos hasta entonces? pregunté.

—En el interior del ídolo, sahibs, pues dentro de él hay un hueco que conocen muy pocos brahmines. Seguidme, y os indicaré por dónde podéis entrar y salir.

En la parte posterior del ídolo nos indicó la dasi una señal triangular. Tratamos de abrirla, pero fué imposible. La joven lo consiguió inmediatamente y nos explicó después el secreto en voz muy baja. Por medio de un resorte casi oculto se abrió una puercecita, y vimos una escalera estrecha que conducía á un aposento redondo en la parte superior del ídolo.

— Descansad aquí tranquilos, dijo la dasi. En el templo no hay nadie más que los grandes espíritus, que velan, y á quienes no debéis molestar. Adios; tened ánimo y no olvidéis las instrucciones que os he dado para salvar vuestras vidas.

Y desapareció.



NOS ENTREGÓ UN CUCHILLO Á CADA UNO

La estancia donde nos hallábamos la alumbraban débilmente dos rayos de luz que partían sin duda de la lamparilla colgada delante del gigantesco idolo, en el que penetraban por los dos huecos de la nariz.

—Se me figura que la lucha con los centinelas ha de ser peligrosa, observó Federico después de unos momentos de silencio.

Afortunadamente sabemos defendernos bien, pero los indios manejan los sables de una manera asombrosa. ¿Quieres que procuremos encontrar los brillantes? Si es que conseguimos escapar, que no es muy seguro, serán una pequeña recompensa por los peligros de esta aventura.

—Como quieras, contesté.

Bajamos la escalerilla, tocamos el resorte y se abrió la puerta inmediatamente. La volvimos á cerrar con cuidado, y un momento después nos hallábamos frente al idolo de Nadhir.

III

— Lee las instrucciones del guebro, dije á Federico, y mientras tanto examinaré yo la mano del idolo y el puño de la espada.

El idolo era exageradisimo con relación al antiguo conquistador de Delhi á quien representaba. Sentado sobre un montón de cabezas humanas talladas en piedra tenia en la mano izquierda la figura contorsionada de un hombre, en tanto que en la derecha, levantada en el aire, empuñaba una espada de oro macizo, incrustada de abundantes perlas y piedras preciosas, en el momento de caer sobre la desgraciada victima.

Mientras yo observaba todo esto Federico leyó lo siguiente:

El que desee hallar los brillantes ocultos en la empuñadura de la espada ha de subirse sobre la rodilla del idolo, y poniéndose allí de pie hará retroceder el dedo pulgar. La mano se abrirá un poquito y el tesoro caerá al suelo inmediatamente. Tened cuidado de que el dedo pulgar del idolo no coja el dedo del atrevido, pues en este caso caería la espada y le mataría. Yo, Hasfiel, así lo declaro.

Federico se encaramó sobre mis hombros y de esta manera pronto llegó á la rodilla del idolo. De pie sobre ella, tal como indicaba el papel, cumplió al pie de la letra todas las instrucciones. Con gran sorpresa de los dos, pues nunca tuvimos fe en lo que el papel decía, cayó á mis pies un rollito de cambray amarillento. En cuanto bajó Federico examinamos el tesoro.

Dentro del envoltorio exterior hallamos ocho paquetitos, en cada uno de los cuales encontramos un brillante envuelto en un papel, en el que se hallaba escrita la historia de la piedra que encerraba.



FEDERICO SE PUSO EN PIE SOBRE LA RODILLA DEL ÍDOLO

Dispusimos del tesoro guardando cada uno en los bolsillos interiores cuatro brillantes, y después de examinar ligeramente el templo volvimos á nuestro escondite dentro del famoso ídolo. Al poco tiempo dormíamos de nuevo profundamente.

Los brahmines daban principio á sus devociones cuando me desperté, encontrando que Federico les observaba ya á través de los dos huecos de la enorme nariz del ídolo. A medida que la ceremonia avanzaba aquellos hombres parecían volverse locos. Retorcían sus cuerpos y agitaban los brazos con violencia, mientras se prostaban ante los ídolos jurando uno tras otro destruir á los profanadores del templo. De repente se levantaron del suelo, y formando dos filas se retiraron de allí, llevando al frente varios indios armados, quienes iban sin duda á arrastrarnos forzosamente al templo, si acaso nos resistíamos á someternos á la suerte que nos estaba destinada sin hacer un último esfuerzo para librarnos de la muerte.

En cuanto hubo desaparecido el último brahmin abrió Federico la puerta de nuestro escondite y examinó el templo.

--Vamos, Julio, exclamó, un golpe atrevido y somos libres.

Juntos echamos por el pasillo indicado por la dási, y al llegar á la mitad próximamente vimos á los dos centinelas de quienes nos habló, los cuales estaban entretenidos mirando un dibujo en la pared. Abrigamos la esperanza de acercarnos á ellos sin ser vistos.

—Agáchate y acerquémonos á rastras, murmuró Federico con voz casi imperceptible. Dirígete al más pequeño, que yo me las arreglaré con el otro.

Y empezamos á movernos hacia adelante con la cautela y el sigilo del tigre. ¡Si pudiéramos sorprenderlos! Fuimos acercándonos más y más, y todavía les vimos entretenidos con el dibujo de la pared. Nos separaban diez metros, luego nueve... ocho... siete... De repente Federico se puso en pie de un salto, y en menos de un segundo ya estábamos luchando desesperadamente uno con cada indio.

En la pared había una campanilla y uno de ellos quiso acercarse para llamar, pero mi amigo pudo á tiempo evitarlo.

Sin pronunciar ni una palabra luchábamos desesperadamente con aquellos bárbaros, que parecían tener una fuerza sobrenatural ó poco menos, y confieso que me costaba mucho trabajo desviar con mi cuchillo corto los golpes de sable que descargaba el indio.

Federico empezaba ya á vencer á su enemigo, el cual, aunque estaba herido, continuó batiéndose ferozmente. Comprendiendo que aquello era cuestión de vida ó muerte dirigi una cuchillada á mi indio para terminar de una vez, pero desvió el golpe y un momento después me encontré tendido en el suelo y amenazado por el sable de mi enemigo. Vi algo blanco y reluciente delante de mis ojos, y



ERA CUESTIÓN DE VIDA Ó MUERTE

entonces senti que alguien, con un movimiento brusco, apartaba de mí á aquel energúmeno. Me levanté. El enemigo de Federico yacía también en el suelo sin conocimiento. El otro indio, el mio, por decirlo así, comenzó á luchar con mi amigo, pero éste le venció, logrando hacerle arrojar el sable, el cual recogí en seguida.

De improviso sonó un grito de alarma en el pasillo del templo: ¡era que los brahmines habían descubierto nuestra fuga!

—Corre á la puerta exterior, exclamó Federico, y ábrela. Creo que podré acabar con este animal antes que lleguen.

Abri la puerta de par en par en el momento en que aparecian los

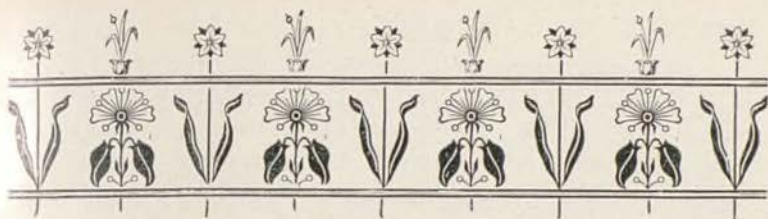
brahmines en el otro extremo del pasillo, y entonces Federico, haciendo un esfuerzo terrible, cogió á su enemigo por la cintura, le levantó en el aire y lo lanzó contra el primero que se acercaba. Voló inmediatamente á la puerta y entramos en el salón de peregrinos, desde donde salimos á la calle sin más tropiezos.

—¡Vaya un trabajito, Federico! dije cuando marchábamos en dirección á la ciudad de Delhi. Llegué á temer que el indio acabaría conmigo.

—Sí, era muy fuerte y se batía bien, á pesar de su poca estatura; pero no hagas caso: si hemos trabajado, hemos también hallado la recompensa en los brillantes.

C. J. Mansford.





El loro mágico.



En un camarote del vapor *Campanone*, surto en el abra de Bilbao, cenaban tranquilamente el piloto y el primer maquinista. El grumete, después de poner en la mesa todo aquello que, siendo comestible, se le ocurría, se retiró, luego de haber añadido todo cuanto se le ocurrió también al piloto. Este y el maquinista continuaron cenando y conversando amigablemente entre bocado y bocado, sin más extraños ruidos que el que producía una voz ronca, cuyo dueño, al ver la comida, comenzó por pedirla con mil monadas y palabras bonitas, hasta que acabó por exigirla de una manera que, por lo menos, obligaba á prestarle atención.

—No está mal para un loro, exclamó el maquinista dirigiendo al animalito una mirada muy expresiva. Cualquiera creería que sabe lo que dice. No le dé usted nada, si no quiere que se calle.

—Ningún placer encuentro en escuchar palabras groseras, contestó el piloto con cierta sequedad.

Mojó distraídamente un pedacito de pan en el vino de su amigo, y como se le cayese al estar mojándolo introdujo los dedos hasta el fondo del vaso, dió unas cuantas vueltas para recogerlo y por fin lo sacó. Esta maniobra fué contemplada por el otro con el asombro que es de suponer.

—Mejor será que te sirvas más vino, dijo el piloto viendo que el maquinista le miraba.

—Eso pienso, contestó éste, mostrando algún disgusto.

—El individuo á quien se lo compré, prosiguió el primero dando la sopa al loro, me dijo que era un pájaro muy decente y que no repetiría nunca una palabra grosera; pero después de lo sucedido, francamente, confieso que no me atrevo á regalárselo á mi mujer, como me proponía hacerlo.

—¡Bah! No hay que ser tan escrupuloso. Vosotros los recién casados creéis que hay que envolver á la mujer en algodón en rama. Apostaría cualquier cosa á que las palabrotas del loro la hacen gracia.

El piloto se encogió de hombros con desdén.

—Lo compré para que tuviese algo con que entretenerse mientras yo estoy fuera, dijo pausadamente. ¡Pobrecilla, qué triste estará sin mí, Roque! ¡Cuánto me echará de menos!

—¿Qué sabes tú si estará triste?

—Lo sé porque me lo dice ella.

—Cuando lleves tantos años de casado como llevo yo aprenderás que, generalmente, están más contentas cuando se marcha uno que cuando se encuentra en casa.

—¿Y por qué?

—El hombre en casa siempre estorba. Al principio se alegran de tenerte á su lado; después... después se alegran de que te vayas.

—Según de quien se trate; habrá de todo.

—Gracias al Cielo mi mujer es una de las mejores del mundo, pero no se apura mucho que digamos cuando yo me marcho. Tu esposa tiene treinta años menos que tú, ¿verdad?

—No tantos, hombre, no tantos; no le llevo más que veinticinco. Lo que temo es que algún atrevido le haga la rosca.

—Pues precisamente eso es lo que le gusta á las mujeres.

—Pero á mí no me gusta, ¡rayos y truenos! Cuando pienso en eso me vuelvo loco, loco de remate.

—No sucederá siempre lo mismo, ya lo verás. Antes de un año no te importará mayormente que alguien le haga la rosca á tu mujer.

—Todos no somos iguales; unos tenemos sentimientos más delicados que otros. Esta mañana, cuando salimos á la calle, vi que el vecino de enfrente la miraba con el rabillo del ojo.

—¡Qué atrocidad!

—Cuando pasamos á su lado se arregló un poco la boína. ¿Qué te parece?

—¡Cualquiera lo sabe!

—Pues si anda con tonterías durante mi ausencia le rompo la crisma. Yo lo sabré; ¡ya lo creo que lo sabré!

Roque le miró, como si pretendiera descubrir lo más recóndito del pensamiento del piloto, el cual prosiguió:

—Sí; le he dicho á la patrona...

—¿Cómo patrona?

—Llamo yo patrona á mi antigua nodriza, que vive con nosotros. Le he dicho que observe lo que pasa, que se fije en todo. Mi mujer se crió en la aldea y es joven é inocente; de modo que le conviene tener á su lado una mujer de edad.

—¿Y lo sabe tu esposa?

—No, no le he dicho nada; pero mira, Roque, tengo una idea luminosa respecto de ese loro. Pienso decirle que es un pájaro mágico, y que cuando yo vuelva me contará todo lo que ella haya hecho durante mi viaje. Todo cuanto me diga la patrona le aseguraré que me lo ha contado el loro. La hice prometerme que no estará nunca fuera de casa después de las siete de la noche, y si falta á su palabra lo sabré y le diré que el loro ha sido quien me lo ha contado. ¿Qué te parece?

—¿Qué me parece? respondió el maquinista mirándole con asombro; ¿qué me parece? ¡Ja, ja! ¡Qué ocurrencia la de irle á una mujer, por inocentona que sea, con semejantes bobadas!

—Pues si cree en aparecidos, en avisos de muerte y en otras simplezas, ¿por qué no ha de creer también en lo del loro?

—A la vuelta sabrás si lo cree ó no lo cree. Y será una lástima, porque habla bien y nunca en mi vida he visto pájaro que sepa disparatar con tanta naturalidad.

—¿Qué quieres decir con eso? gruñó el piloto.

—Quiero decir que, para cuando vuelvas del viaje, habrá dejado de existir el pajarito ese.

—Ya lo veremos, replicó Antonio (este era el nombre del piloto). Si el loro muere, yo sabré lo que hacer.

—No volveré á ver al loro, dijo el maquinista para sí, meneando la cabeza, cuando advirtió que el piloto cogía la jaula



y la entregaba al marinero que había de llevársela hasta la puerta de su casa.

Desembarcaron los dos en el muelle de Portugalete y llegaron poco después á Luchana, donde vivía Antonio, sin más incidente que un fuerte altercado con el conductor del tranvía, acerca de si el piloto era ó no responsable del lenguaje que el loro tuvo á bien emplear cuando un viajero dió inadvertidamente un puntapié á la jaula.

Al entrar en su casa el piloto, aunque con algún recelo, tomó la jaula, subió y la colocó sobre la mesa del comedor.

Marina, la esposa de Antonio, mujercita de ojos castaños y mirada humilde, daba palmadas de alegría.

—¡Qué bonito es! ¿eh? exclamó el piloto. Mira, lo he comprado para que te entretengas con él mientras yo estoy fuera.

—¡Ay, qué bueno eres, Antonio! exclamó Marina.

Y como una chicle se puso á dar vueltas alrededor de la jaula sin poder ocultar su satisfacción. El loro, que en la casa de su último dueño había tenido que luchar con chicos y estaba acostumbrado á todo género de bromas, comenzó á dar vueltas también imitando á la joven esposa del piloto; pero aburrido, sin duda, á la quinta vuelta lo manifestó así francamente con palabrotas propias de marinero.

—¡Qué barbaridad! exclamó Marina.

—Sí, habla mucho, dijo Antonio, y es tan listo que aprende todo cuanto oye, pero pronto olvidará eso.

—Parece que entiende lo que dices, añadió Marina. ¡Y cómo te mira! ¡Qué pillo!

La ocasión no podía ser más oportuna. Antonio, con unas cuantas mentiras harto cándidas, enteró á su mujer de las maravillosas cualidades del loro.

—Pero ¿tú lo crees? preguntó Marina, mirándole con la boca abierta.

—¡Vaya si lo creo! contestó enfáticamente su marido.

—Y cuando yo no esté delante, añadió, ¿cómo podrá saber lo que hago?

—Precisamente ese es el secreto, respondió Antonio. Muchos quisieran saberlo, pero nadie hasta ahora ha podido averiguarlo. Con decir que es un pájaro mágico está dicho todo.

—¡Ah, vamos! exclamó Marina.

Y arrugando el entrecejo se puso á contemplar con asombro al pájaro maravilloso, al pájaro mágico.

—Ya verás, continuó Antonio; cuando yo vuelva, el lorito me dirá lo que hayas hecho, dónde has estado y hasta todo cuanto hablaste mientras yo permanecí fuera.

—¡Jesús, qué pájaro tan listo!

—¡Listísimo! añadió Antonio entusiasmado al ver cómo su mujercita creía todo cuanto le decía. Y me dirá si has salido de casa después de las siete de la noche y si alguien ha venido á verte... en fin, que ninguna cosa se le escapará, me lo contará todo.

—¡Jesús! repitió Marina, que no cabía en sí de asombro. Pues como no mienta, nada de malo tendrá que decirte.

—Eso es imposible, repuso Antonio, como si el pájaro le mereciera la mayor confianza. El loro no miente nunca. Y ahora anda, prepárate y vámonos á Bilbao; iremos al teatro esta noche.

Así lo hicieron; pero á la media hora de haber entrado se le cayó á Marina el pañuelo, y como el espectador que estaba á su lado se apresurase á cogerlo, Antonio se incomodó muchísimo y salieron del teatro antes de que terminase la función.

—Deberías encerrarme en una urna, dijo Marina cuando subían al tranvía para regresar á casa; así nadie podría hablarme.

—¿Quieres que no me ofenda cuando en mis barbas hay quien se atreve á coger tu pañuelo? Si no le hubieses mirado...

Marina hizo un gesto tan expresivo con la cabeza que un viajero del tranvía se volvió para mirarla, y esto puso tan furioso á Antonio que terminaron el viaje sin pronunciar ni una palabra más.

A la mañana siguiente el piloto se había calmado, pero aun estaba algo receloso. Después de almorzar salió para dirigirse al *Campanone*, mas no sin haber indicado á su esposa cómo había de presentarse á bordo si quería despedirse de él.

Al quedarse sola Marina se puso á arreglar el gabinete, y al llegar cerca de la jaula dejó el plumero que tenía en la mano y comenzó á examinar al loro con gran curiosidad. Se le antojó

que era muy astuta la mirada del pájaro, el cual guiñó dos ó tres veces el ojo derecho, como si quisiera reirse de ella y decirle: «Mira lo que haces, que estoy yo aquí».

Contemplando al loro estaba cuando llamaron á la puerta. Entró una mujercita alegre, vivaracha, muy bien puestecita, la cual, acercándose á Marina, la besó con efusión.

—He venido á verte, hija mía, le dijo, porque, francamente, tenía ganas de dar un paseo, y si me lo permites te acompañaré á Portugalete cuando vayas á despedir á tu marido.

Marina accedió gustosa, creyendo quedaría más tranquilo viéndola acompañada de una mujer de más años que ella.

—¡Qué bonito loro! exclamó Cristina, la recién llegada, blandiendo la sombrilla ante la jaula.

—Cristina, ¡por Dios! no hagas eso, dijo Marina.

—¿Por qué no?

—Ese es un pájaro que lo cuenta todo.

—Pues ya sabes que yo no puedo estarme quieta.

Y acercando la sombrilla á la jaula la abrió de repente. Era de color rojo muy vivo, y por un momento el loro quedó como atolondrado.

—Mira, no hace caso, exclamó Cristina.

El loro, retirándose á un rincón de la jaula, murmuró algo en voz muy baja.

Viendo que no sucedía nada de particular, Cristina repitió la treta con más atrevimiento, y entonces el pájaro, convencido de que aquello era inofensivo, volvió á la percha y prorrumpió en una sarta de disparates terribles.

—Si ese loro fuese mfo, dijo Cristina, que se había puesto tan colorada como la sombrilla, le retorecía el pescuezo.

—No creo que harías eso, contestó Marina muy grave.

Y después de hacer callar al pájaro, echando un paño sobre la jaula, explicó á su asombrada amiga las maravillosas cualidades del loro.

—¿Qué, qué me cuentas? exclamó Cristina sin poder contener su indignación. ¿De veras te ha dicho eso tu marido?

—¡Y tan de veras! Es tan celoso Antonio...

—¡A mí podría venirme mi marido con esos cuentos! repuso Cristina algo amostazada. ¡No faltaba más!

—Pero repara que si Antonio tiene tantos celos es porque me quiere mucho.

Cristina, de un salto, se colocó delante de la jaula, y retirando el paño que la cubría trató inútilmente de introducir un extremo de la sombrilla por entre los hierros, mientras decía:

—¿Pero es posible que tú creas esas bobadas? ¡Anda, loro tonto! ¡De qué buena gana te arreglaría yo las cuentas! ¡Anda, miserable, infame!

—No, mujer, no, respondió Marina. ¿Cómo quieres que yo crea semejantes tonterías? Pero ya que así le place á Antonio, le dejo que piense que las creo.

Y volvió á cubrir la jaula, sin dar tiempo á que el loro repitiera los disparates.

—¡Pero eso es una barbaridad, eso es un insulto para ti! repuso Cristina. No sé cómo no le has dado una bofetada á tu marido. ¡En mi vida he visto otro tanto! Ya quisiera yo coger á Antonio por mi cuenta; con media hora de conversación me bastaba. ¡Ya le daría yo lorito, ya!

Marina, tranquilizando como mejor podía á su indignada amiga, la llevó al lado del balcón y la hizo sentarse en una silla; pero viendo que era imposible calmarla mientras el maravilloso pájaro estuviera á la vista, cogió la jaula y la llevó á la cocina.

Cuando llegaron á Portugalete y subieron á bordo del *Campanone*, Cristina había recobrado su habitual buen humor. Paseó por el buque, haciendo toda clase de preguntas, más por curiosidad que por deseos de aprender, y no disimuló ni trató de disimular la opinión que formaba de los que no sabían responderla satisfactoriamente.

—Pensaré en ti todos los días, Antonio mío, murmuró Marina con cariñoso acento.

—Y yo pensaré en ti á todas horas, á todos los instantes, contestó Antonio en tono de reconvención.

Suspiró tristemente y púsose á contemplar escandalizado á la atrevida Cristina, que en el otro extremo del buque coqueteaba descaradamente con uno de los marinos.

—Cristina es muy alegre, observó Marina, siguiendo la dirección de la vista de su marido.

—Mucho que sí, dijo éste, cada vez más escandalizado al ver que Cristina daba golpecitos con la sombrilla en el hombro de marino con aire juguetón.

—Parece que se divierte bien, añadió Antonio. ¿Pero no le da vergüenza? Y apostaría que es la primera vez en su vida que habla con el muchacho.

—¡Pobrecillos! dijo Cristina acercándose á ellos un momento más tarde. Pero no se apure usted, Antonio, yo no la dejaré estar triste. Descuide usted, que yo me encargo de animarla.

—Es usted muy amable, Cristina, replicó Antonio de mal talante.

—Mientras usted esté fuera procuraremos divertirnos, prosiguió Cristina. ¡Cuántas veces pienso que ojalá fuese marino mi esposo! La mujer del marino siempre tiene más libertad, ¿no es cierto?

—¿Más qué?

—Más libertad. Yo envidio á las mujeres que se casan con marinos. Hacen lo que les da la gana; no tienen marido que las estorbe en nueve ó diez meses del año. ¡Qué felicidad!

Antes que el piloto hallase palabras con que expresar su indignación oyóse el aviso para emprender la marcha, y despidiéndose apresuradamente fué á ocupar su puesto. Las dos mujeres saltaron á tierra y poco después el *Campanone* comenzó á moverse lentamente. Cuando se perdió de vista, Marina y su amiga estaban todavía en la punta del muelle.

Durante el período de viudez temporal que siguió á la partida de Antonio, las visitas de su amiga era lo único que rompía la monotonía de la vida de Marina. El loro no servía para entretenerla, porque su lenguaje era tan grosero que fué condenado á pasar la mayor parte del tiempo en el cuarto oscuro.

Cristina propuso á su amiga que lo vendiera, pero Marina rechazó horrorizada la proposición, negándose á escucharla, y eso que el tabernero de enfrente, que había oído elogiar el mérito del pájaro, estaba dispuesto á pagar por él un buen precio.

—¿Qué le contará el loro á tu marido cuando vuelva? dijo Cristina un día en que charlaban juntas las dos amigas, unos dos meses después de la salida del *Campanone*.

—Yo creo que habrá olvidado esas tonterías, contestó Marina poniéndose colorada. En las cartas nunca habla del pájaro.

—Véndelo, no seas tonta; á ti no te sirve para nada, y el tabernero te lo pagaría bien.

Marina movió la cabeza y exclamó estremeciéndose:

—De ningún modo; no me hables de eso. ¡Dios mío, qué diría Antonio!

—¡Qué había de decir, inocente! Mira, la cosa no tiene ya remedio. Le he indicado al tabernero que se lo venderás en quince duros.

—Pero mujer, ¿estás loca? Eso es imposible, materialmente imposible.

—Tú déjalo en mis manos y ya verás qué bien se arregla todo.

Acercándose á su amiga, la cogió por la cintura y la llevó al balcón, donde volvió con grande interés á la carga. Cinco minutos después vacilaba Marina, á los diez había cedido y á los quince la intrépida Cristina estaba ya camino de la taberna de enfrente llevando la jaula en la mano y columpiándola con tanta violencia que el pobre loro, no sabiendo lo que le pasaba, se agarró con las uñas á la percha, creyendo tal vez que había llegado el fin del mundo.

Marina los siguió con la vista y después se puso á meditar en las consecuencias de tan atrevido paso.

Una semana más tarde, el tranvía eléctrico se detuvo en la puerta; se apeó el piloto, y subiendo las escaleras precipitadamente entró en su casa. Arrojó al suelo una porción de paquetes que traía y abrazó cariñosamente á su esposa, la cual no correspondió con tanto entusiasmo al abrazo.

—¡Ja, ja, ja! exclamó Antonio dejándose caer en el sofá y haciendo que Marina se sentara á su lado. Conque vamos á ver, cuéntame: ¿Has estado muy triste durante mi viaje? ¿Me has echado muy de menos?

—Poco á poco me fuí acostumbrando, contestó Marina.

El piloto tosió. La contestación no era la que él hubiese deseado.

—Es verdad que tenías el loro para distraerte, observó.

—Sí, tenía el loro mágico.

—¿Y dónde está ahora? preguntó Antonio mirando por todas partes.

—Pues te diré: una parte del loro está ahí, sobre la chimenea; otra está en el armario con mis blusas, y el resto aquí.

Introdujo la mano en el bolsillo y sacó una navajita ordinaria de dos hojas.

—En la chimenea... en el armario... no comprendo.

—Aquellos jarrones azules...

El piloto se llevó la mano á la frente. De modo que un loro se había convertido en dos jarrones, en una blusa y en una navajita... ¡Qué cosa más rara!

—Lo vendí, dijo de pronto Marina.

—¿Que lo has vendido? gritó Antonio levantándose lleno de asombro. ¿Te atreves á decirme que has vendido el pájaro que te regalé?

—Yo no quería que me estuviera siempre observando. Antonio, murmuró Marina tímidamente, y además tenía muchos deseos de comprar esos jarrones tan bonitos y este regalito para ti.

El piloto, enfurecido, arrojó el regalito al otro extremo de la habitación.

—Ya ves, prosiguió Marina bajando la cabeza, el loro tal vez te hubiera contado mentiras y acaso hubiéramos tenido un disgusto.

—Te dije, y lo repito, siguió gritando Antonio, que el loro no podía mentir.

Y empezó á dar vueltas por la estancia como un desesperado.

—Fué tu conciencia, añadió, tu conciencia que no está limpia la que te obligó á venderlo. No sé cómo tienes valor para decirme que lo has vendido.

—Lo vendí porque se me figuraba que no decía la verdad.

—Más verdades que tú, vociferó el piloto ya fuera de sí, ¡mujer falsa, mujer infame!

—Lo vendí por hacerte un favor, dijo Marina rompiendo á llorar. Me contaba de ti unas cosas tan horribles que no podía escucharle.

—¿Qué cosas podía contarte de mí? Algunas tonterías, algunas simplezas...

—Ese pájaro es muy malo, no es lo que tú creías. Te calumniaba de un modo...

—¿Te parece que estás hablando con algún inocente niño? Quisiera saber qué calumnias eran esas.

—Primeramente comenzó á charlar de cuando estuviste en Rotterdam, y dijo que una noche fuiste á cenar á unos jardines, en un barrio bajo de la población. Pero yo no lo creo, por supuesto. Ni existirán tal vez esos jardines.

—Acaso existan.

—Pero tú no habrás estado nunca allí.

—¡Jamás!

—Pues el pájaro dijo que, estando en los jardines, te emborrachaste, que arrojaste al suelo una de las mesas de mármol, que le diste una bofetada á un mozo y que, á no haber intervenido el capitán del *Perseguidor*, te hubieran encerrado en la prevención. Ya ves tú si es embustero el pájaro.

—Mucho, mucho, contestó Antonio ahogándose de rabia.

—Probablemente no habrá ningún buque que se llame *Perseguidor*.

—No conozco ninguno.

—Después dijo que desembarcaste cuando el *Campanone* estuvo en Liverpool.

—Otra falsedad, replicó Antonio muy excitado.

—Pues el pájaro aseguraba que sí desembarcaste.

—¿Y á quién das tú más crédito, á él ó á tu marido?

—A ti, pero estoy queriendo probarte que el loro es un embustero.

Antonio sacó del bolsillo un paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Añadió el pájaro, prosiguió Marina, que una joven tenía un puesto de fruta cerca del muelle, que te acercaste tú con el pretexto de comprar unas manzanas, que la cogiste por la cintura y quisiste propasarte con ella; pero que su novio, que andaba por allí, salió á su defensa, y que tú, viéndote en peligro, tuviste que arrojarte al agua y por poco te ahogas. ¿Cómo querías que yo escuchase todas estas cosas? Cuando el *Campanone* estuvo en Cardiff...

—¡Basta, basta! exclamó furioso el piloto.

—Por nada del mundo quisiera repetir lo que me dijo que hiciste en Cardiff, Antonio, pero si deseas saberlo...

—No, no; no deseo saber nada.

—¿Comprendes ahora por qué vendí el loro? Si me hubiera calumniado á mí, tú le hubieras creído, ¿verdad, Antonio?

—No, querida mía, dijo éste levantándose y abrazando con efusión á su esposa; yo no hubiera creído nada malo de ti.

—¿Hice bien en venderlo?

—Muy bien, perfectamente bien.

—Pero aun no has oído lo peor.

Antonio descargó un fuerte golpe sobre la mesa y prohibió á su mujer que volviera á hablar del maldito loro.

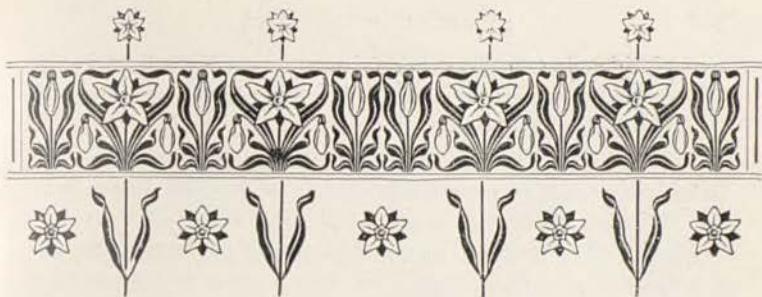
—Anda, hija mía, prepara la cena, añadió luego.

Cuando salió Marina empezó á dar vueltas por la habitación, buscando ansioso la solución de aquel enigma, hasta que un rayo de luz vino á iluminar su pensamiento.

—¡Paco, ha sido Paco! exclamó. ¡Ahora me explico por qué escribía con tanta frecuencia á Cristina! ¡Y yo que pensaba decir á Olmos!... Probablemente se sabrá las cartas de memoria. ¡Qué estúpido he sido!

L. L. Omega.





Los cabellos de oro.



I

EL joven vizconde Alfredo de Altamira regresó aquella noche á su casa hondamente impresionado.

A sus veintiséis años cumplidos ninguna mujer había logrado todavía conmover las fibras de su corazón, indiferente hasta entonces en absoluto á los innumerables halagos que el amor ofrece.

Pero había sonado la hora en que Alfredo debía experimentar conmociones violentas, probar empujes rudos y luchar á brazo partido contra el destino y la fortuna.

Altamira se dispuso á ir aquella noche al Real, ignorando que allí mismo iba á empezar una vida nueva, pasando del indiferentismo á la sensibilidad más aguda.

Efectivamente, Alfredo comenzó á regenerarse.

En uno de los entre actos, armado de los gemelos, empezó á observar detenidamente el público que llenaba la sala.

¡Cosa rara! Entre todas las jóvenes bonitas y elegantes que mostraban sus atractivos en butacas y palcos, una sola impresionó al vizconde, pero tan vivamente, que sintió oscurecerse su vista. temblar sus piernas y acelerarse los rítmicos y monó-

tonos latidos de su corazón; de tal modo, que dejó caer el brazo que sostenía los gemelos y hubo de preguntarse entre dientes:

—¿Me habré vuelto loco?

No, le había ocurrido únicamente una cosa muy vulgar: se había enamorado, y enamorado, podría decirse, de un solo golpe... de vista, pero enamorado de veras.

Porque Alfredo tenía un alma sensible, impresionable, romántica: un alma de poeta.

La mujer que tanto había turbado á nuestro héroe era una joven á la cual se le podrían echar, sin miedo de equivocarse, veintidós primaveras; alta, esbelta, distinguida, de facciones irreprochables, de cutis nacarado, de grandes ojos azules con largas y sedosas pestañas oscuras y de un hermoso cabello rubio... de color de oro. Vestía un traje blanco, algo escotado, y en el cuello lucía un hilo de menudas perlas, que rivalizaban con sus preciosos dientes.

En una palabra, su fisonomía toda revelaba un fondo simpático, apasionado, vehemente...

Más que mujer, parecía el sueño de un artista.

Pero lo que más subyugó á Alfredo fué aquel hermoso cabello rubio, cuyas ondas naturales caían con estudiado desdén sobre la hermosa frente de la joven seductora.

Altamira volvió á dirigir los gemelos hacia ella; pero segunda vez tornó á dejar caer el brazo, desalentado y confuso.

Al lado de *su adorado tormento* se había puesto un hombre, mucho mayor que ella, que á juzgar por las apariencias debía ser su prometido.

El vizconde se puso á observarlos con vivo interés, y en su imaginación, verdaderamente oriental, comenzó á forjarse una novela descabellada, estupenda...

Creyó observar que la joven, al hablar con aquel hombre, daba á su semblante un sello de melancolía indefinible, que su risa era forzada, su alegría ficticia, y acabó por imaginarse que la joven de los cabellos de oro, como él la denominaba en su pensamiento, sostenía relaciones con su prometido por secretos de familia que era preciso disimular, y qué sé yo cuánto mayor número de majaderías comenzaron á revolotear en el cerebro del desventurado vizconde.

En los entreactos restantes no apartó su vista de la joven rubia, y presumió hallar no poca correspondencia en las miradas clandestinas (él como tales las denominaba) que ella le dirigía.

Altamira estaba excitado, nervioso.

—¡Qué cabellos! murmuraba de vez en cuando, contemplando ensimismado á la joven. ¡Nunca he visto otros iguales! ¡Qué precioso marco para su cara de Virgen! ¡Cuánto daría por poderlos enredar entre mis dedos!

Y Alfredo se quedaba embobado, con cara de idiota, sintiendo brotar en su alma más romanticismo que nunca.

Terminó la función.

El vizconde vió desaparecer del palco á la joven rubia, y se dirigió rápidamente á la salida del coliseo para poder echar sobre ella una última mirada.

En efecto, la vió salir y dirigirse á un coche que la esperaba en la puerta, y ¡oh triunfo inesperado! antes de poner el pie en el estribo, la joven de los cabellos de oro le envolvió en una dulce mirada, que al vizconde le dijo estas tres cosas: «¡Espera! ¡Soy desgraciada! ¡Ampárame!».

Después tendió la mano al caballero que Alfredo juzgaba su prometido, entró en el carruaje, y los caballos, castigados por el cocher, partieron al trote, llevándose, como un torbellino loco, la calma y los ensueños del infeliz vizconde.

Por eso Alfredo regresó á su casa tan hondamente impresionado que al acostarse, no pudiendo sobreponerse á tantas y tan inesperadas emociones, se quedó dormido con una mano en la frente y otra en el corazón... Y á poco de dormirse entreabrió sus labios para modular esta sola frase:

—¡Los cabellos de oro!

II

Decididamente, sus nervios estaban de punta; no podía descansar, y tomó el partido de vestirse y echarse á la calle.

Comenzó á andar de prisa, como movido por un resorte, y se dirigió hacia el centro de la capital, impulsado, sin duda, por algún sentimiento desconocido hasta para él mismo.

Al pasar por la puerta de un café vió salir gran número de personas, y ¡oh rara coincidencia! entre aquel pelotón de seres vivientes observó á la hermosa rubia, que salía acompañada de una anciana, con la que había estado en el teatro, y también de su futuro, al cual había despedido á la puerta del coliseo.

Los tres subieron en el coche que, como antes, les esperaba, y Alfredo, dejándose llevar de sus vehementes impulsos, echó á correr detrás del carruaje, frenético, desatentado, loco.

La suerte se hallaba dispuesta á socorrerle y él no quería volverle la espalda, pues sin duda una hada misteriosa y benigna había hecho que la joven se retrasara en el café para que el vizconde pudiese esta vez seguirla de cerca.

Así lo hizo y no tardó mucho el carruaje en pararse frente á un portal, que debía ser el de la casa de la doncella.

Descendieron los tres del coche, que se alejó rápidamente por donde había venido, y el caballero objetó, dirigiéndose á la joven:

—Dentro de dos días serás mi mujer.

La bella lanzó un suspiro y replicó tristemente:

—Es pronto, muy pronto, y ¡qué lástima que tenga que suceder algún día!...

—No sucederá, dijo Altamira interviniendo quijotesca en el asunto. Y se apoderó de la joven, aprisionándola entre sus brazos de hierro.

Pero con la velocidad del rayo, el futuro de la bella desconocida sacó un pequeño revólver de bolsillo y le hizo á Altamira un disparo en la frente.

El agresor emprendió velozmente la fuga; la anciana que acompañaba á la doncella empezó á dar gritos demandando socorro, y el vizconde, después de vacilar unos segundos en pie, cayó al suelo, arrastrando con él á la joven seductora y logrando al fin enredar entre sus dedos lo que más le había impresionado y cautivado de toda ella: los cabellos de oro.

III

La puerta del dormitorio de Altamira, que acostumbraba á dejar solamente entornada, se abrió en esto y el ayuda de cámara de Alfredo penetró en la estancia.

Pero cuál no sería su asombro al ver á su amo y señor en ropas menores, tendido boca abajo en el pavimento, con la respiración anhelante, los brazos extendidos y aprisionando entre las manos el estropajo de fregar el tocador, que él, por olvido ó distracción inconsciente, se había dejado el día anterior en el suelo.

—¡Señorito, señorito!... dijo afanoso, intentando incorporarle.

Alfredo abrió los ojos espantado, miró á su ayuda de cámara con extrañeza, reparó después en el estropajo que aun tenía entre las manos, y no sabiendo qué partido tomar, si reirse ó enfadarse, se quedó como alelado.

—¿Está el señor vizconde enfermo? le preguntó el criado con solicitud.

—No, no estoy enfermo, replicó Altamira malhumorado, permaneciendo sentado en el suelo.

—¿Entonces, el señor vizconde se ha caído de la cama, soñando quizás?

—¿Y á tí qué te importa, bruto? contestó Alfredo, incorporándose enérgicamente.

—Yo...

—Anda, anda, tráeme la ropa de prisa y no tienes nada que ver conmigo.

El ayuda de cámara, no sin extrañar la anormal aspereza con que le trataba su amo, calló humildemente para cumplir lo que le mandaba.

Alfredo sentía un dolor agudo en la frente, al mirarse en el espejo observó que tenía un chichón verdaderamente monstruoso, y no deseando andarse en explicaciones, mandó á su ayuda de cámara que le sirviese el desayuno en su cuarto y dió orden de no recibir á nadie, alegando que se hallaba ligeramente indispuerto.

Cuando Altamira se hubo quedado solo comenzó á explicarse lo que le había pasado y no pudo por menos de desternillarse de risa.

En efecto, lo de su aventura quijotesca había sido un sueño. Se quedó dormido, impresionado con la rubia del Real, y bajo este influjo se fraguó en su cerebro sobreexcitado la novela estupenda que acabamos de referir.

Tan nervioso se hallaba que, sin duda dando vueltas y revueltas en la cama, se había caído al suelo, recibiendo un golpe terrible en la frente, que fué lo que él creyó ser el tiro de su desconocido rival.

Y los cabellos de oro que al fin enredaba entre sus dedos no eran sino el estropajo que su ayuda de cámara había dejado por distracción en el suelo.

Alfredo de Altamira no salió de su estancia hasta que el chichón hubo desaparecido, y no hay para qué decir que no volvió á sentir *palpitaciones* por la joven del teatro.

Y cuando alguna vez repara en una rubia, se lleva la mano á la frente y murmura, burlándose de sí mismo:

—No, no, Alfredo. Para muestra basta un botón, y recuerda que... ¡bien caros te salieron los cabellos de oro!

Pepita Vidal.

